



BIBLIOTECA LOBREGA

VESANÍA
CRONICAS DE HORROR Y
DOLOR

Marco Antonio Yauri

MARCO ANTONIO YAURI

VESANIA

crónicas de horror y dolor

Plataforma

VESANÍA

Crónicas de horror y dolor

Marco Antonio Yauri Lopez

© 2019, MARCO ANTONIO YAURI LOPEZ

© 2019, PANDEMONIUM EDITORIAL

Editado por PANDEMONIUM EDITORIAL

Calle las Gaviotas 195, Lima 34

Teléfono: +51 9958 80964

www.pandemoniumeditorial.com

contacto@pandemoniumeditorial.com

Edición: Pandemonium Editorial

Revisión: Pandemonium Editorial

Imagen de la Portada: *Allegorie des Triumpbes der Venus (fragmento), Agnolo Bronzino. 1540-1545*

Diseño de Portada: Madness Group

Lima - Perú



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para
Ana, Carlos y Diana;
mis tres primeros lectores.*

Índice

PRÓLOGO / 09
ATAMIR / 11
EL GATO BAJO LA CAMA / 19
MUERE UN ANGEL / 29
LA CALLE DEL BALCÓN AZUL / 33
JUGANDO CON GREGORIO / 39
HABITACIÓN / 53
DETRÁS DE MÍ / 61
OSEAS / 63
ENTREVISTA A UN CAZADOR / 67
BITÁCORA / 71
CUARTO / 79
ADIÓS, MI AMOR / 83

PRÓLOGO

El Perú, país místico lleno de historias, nos ofrece desde tiempos ancestrales, una gran variedad de leyendas, de seres mitológicos y situaciones misteriosas. Si bien, muchas de estas han quedado en el olvido, actualmente ha aparecido una nueva generación de escritores deseosos de rescatar este género literario llamado terror.

La literatura de género actual, en este caso, de terror, aquella que nos estruja el corazón y nos hace voltear por encima del hombro a ver si no somos observados, va tomando rumbo en nuestro país y cada vez hay más adeptos a ella. Asimismo, se ha incrementado el número de autores, dedicados a este tipo de textos, muchos de ellos de gran calidad.

Este es el caso de Marco Antonio Yauri, joven escritor peruano, que presenta su primer libro con cuentos de terror, horror y suspenso que nos llevarán a límites insospechados de nuestra psique.

Yauri con una pluma sencilla, prolija y de lenguaje cotidiano, transmite en los relatos, presentes en esta recopilación, diferentes sentimientos de miedo, repulsión, sorpresa y rechazo que no serán ajenos al lector.

Personajes diversos, desde niños atormentados, padres dolientes por su hija fallecida, hasta un soldado nazi al cual la conciencia martiriza, nos llevarán por diferentes historias que nos mostrarán los confines de la mente humana y como el ser diferente, el hacer daño a inocentes, el luto, la crueldad con los semejantes, pueden destruirnos en vida o, en algunos casos, quedar impunes.

Yauri, sin necesidad de dotar al cuento de una atmósfera oscura, logra introducirnos en un universo lóbrego durante un día cualquiera de situaciones cotidianas; he ahí donde reside la creatividad y originalidad de su obra.

Pandemonium Editorial, atenta a este nuevo valor de las letras peruanas, ofrece la opera prima literaria de este joven autor, consciente de su calidad y sin dudar de que será de beneplácito para todos sus lectores.

Pandemonium Editorial

ATAMIR

Cabe decir que dudo de mi cordura al momento de escribir cada palabra de este manuscrito, pero podría ser la última oportunidad que tenga para explicar que no soy en realidad un asesino. Solo soy un hombre aterrado que cuenta los minutos antes de su muerte que, cual rey piadoso, me libraré de tan cruel martirio, pues no soportaría el pavor de encontrar frente a mí una vez más aquella palabra que desgració mi vida, aquella que sin tener un significado ha logrado adquirir para mí el de lo catastrófico.

La primera vez que la encontré fue una mañana al salir de la ducha. Recuerdo la corriente de viento filtrándose bajo la puerta y erizándome los pelos como no lo hacían ni los más helados inviernos. El ambiente, impregnado de un denso vapor, se había tornado tétrico al tocar mis pies la superficie seca de la mayólica, a la vez que el foco sobre mi cabeza parpadeaba. En la parte inferior del espejo empañado, se vislumbraba esa sola palabra con una caligrafía tosca, como si hubiese sido escrita con furia. A primera vista, pensé que aquello era obra de

mi pequeña al intentar escribir algo coherente, un nombre quizás, o al menos eso quise pensar. A pesar de lo peculiar de la situación, preferí ignorarla la primera vez.

Me vestí apresurado, pues se me había hecho tarde para recoger a mi hija Rita de la escuela. Era mi día libre y le había prometido a Inés, mi esposa, que me haría cargo de todo. Había dejado una lista de quehaceres para Rita y para mí, esa misma que al finalizar el día lancé al tacho de la basura, pues ya de nada iba a servir.

Durante el trayecto, no dejé de pensar en esas seis letras mayúsculas sobre el espejo. A su alrededor no se apreciaba alguna otra marca ni huella hecha con anterioridad, ni una sola. No parecía ser algo que hubiese escrito Rita, mucho menos Inés, pero no hallaba otra explicación que pudiese convencerme. Aquella imagen había quedado impregnada en mis pensamientos y me impedía centrarme en la realidad. Volví en mí debido al estridente sonido de los cláxones, que entre insultos y silbidos exigían que mi auto avanzara de una vez.

Recuerdo que, al aparcar frente a la escuela de Rita, varias madres huían despavoridas, cubriéndoles los ojos a sus hijos, algunas inclusive entre lágrimas y avemarías. Un gentío se había arremolinado en la entrada principal, no de forma desordenada, sino en media luna, como espectadores, y de entre ellos, un niño uniformado era arrastrado del brazo por su progenitora, quien le gritaba que no mirase. Indignado, me acerqué a paso firme hacia el tumulto, y al llegar a él, sentí como me daba un vuelco el corazón. El cuerpo de

mi hija yacía tendido sobre un charco de sangre. Sus bracitos rotos quedaron flexionados de una manera inhumana; su pequeño torso, cubierto por una blusa salpicada de rojo, carecía del vaivén que en vida provocaba su diafragma. Su rostro, dios mío, su rostro era lo peor. Sus ojos, ahora carentes de brillo, me llamaban, como si durante sus últimos segundos de vida hubiese suplicado por ayuda. Su boca abierta formaba un aparente grito, probablemente dado en la recta final de su caída desde el último piso de la escuela. A día de hoy, imaginar su cuerpecito cayendo al vacío y aferrándose a la nada aún me parte el corazón.

A partir de ese día, Inés jamás me volvió a dirigir la palabra. Se atormentaba pensando en que aquello no hubiese sucedido si ella hubiera ido por nuestra hija. Quise consolarla, quise ser un refugio para ella; sabía de toda esa culpa que la torturaba al grado de dejarlo todo: de comer, de dormir, de siquiera levantarse para ver el sol en las hermosas mañanas que, desde aquel día, nunca más volvieron a existir. Mas no hice nada, a lo mejor porque aquella culpabilidad se adueñó de mí también, y no pude dejar de torturarme pensando en qué hubiera ocurrido si llegaba antes por Rita. Ahora, después de tantos tormentos, estoy seguro de que esos minutos habrían sido en vano, pues su fatal destino estaba ya escrito en alguna parte.

Es vergonzoso recordar su entierro. Entre los asistentes estaba Max, hijo de los Martínez, con quienes teníamos una amistad de años, al grado de que nuestros hijos se habían criado juntos. Max había acompañado a Rita desde el jardín, y aquel funesto día, mientras era despedida entre llantos y

lamentos, él no perdió la compostura ni un segundo. De rato en rato me miraba, siempre con aquella expresión de niño tímido que no se atreve a dar el primer paso. Al culminar la ceremonia, los Martínez vinieron con su hijo hacia donde estábamos mi esposa y yo, quienes, a juzgar por las miradas, debíamos lucir demacrados. Inés lucía pálida, no se había levantado de la cama más que para asistir al velorio y al entierro, siempre cabizbaja. Luego de saludarlos, Álvaro me miró y señaló a su hijo con la mirada. “Amigo, Max tiene algo para ti”. Agaché la vista hacia el pequeño, quien me vio con los labios temblorosos y las manos en la espalda. Con voz muy bajita, a la vez que llevaba las manos al frente y de entre estas surgía un trozo de papel, dijo: “Rita me dio esto. Tal vez usted lo entienda”. Tan nervioso como él, tomé en silencio aquella hoja y la desdoblé en mis manos, que no dejaban de estremecerse al pensar que estaría frente a las últimas palabras de mi hija. Al doblar el último pliegue, no podía creer que algo tan espantoso pudiese ocurrirme. Escrita con tinta roja, con esas letras mayúsculas de trazo atroz que seguramente seguían sobre mi espejo, estaba la palabra asesina, aquella en la que siquiera puedo pensar sin estremecerme. Esa A formada con tres segmentos marcados era para mí algo más que una simple letra, la que daba inicio a tan horrible palabra, al alfabeto y, ahora, también a mi desesperación. Fue entonces cuando dudé si aquello habría sido solo una cruel coincidencia, y esa duda despertó en mí el pánico. Guiado únicamente por mis impulsos, e insisto en que jamás pensé que sería capaz de algo así, rompí aquella hoja en cientos de pedazos, lo hice con furia, pavor, odio, impotencia y lágrimas que brotaban de

mis ojos sin siquiera darme cuenta. Apretaba los dientes hasta hacer sangrar mis encías y gritaba. No recuerdo bien lo ocurrido tras ello, pero sé muy bien que Max seguía frente a mí, de seguro aterrado ante la escena de un hombre maldiciendo a todo pulmón con los ojos rojos y su única hija muerta.

Tras una supuesta investigación por parte del colegio, llegaron a la conclusión de que fue Rita quien se escapó del salón de clases con rumbo a la planta superior. Ya ahí, subió a una silla vieja y se apoyó sobre el barandal, donde resbaló por un descuido y cayó en medio de aquella multitud de padres e hijos. Un abogado nos visitó y argumentó necedades que de algún modo buscaban culpar a la casualidad, insistiendo en que pudo pasarle a cualquiera, mientras yo sabía perfectamente que aquello no podía haberle pasado a cualquiera. Queda sobrentendido que estos incapaces solo buscaban cuidar su bolsillo, evitar alguna demanda que pudiéramos hacer mi esposa y yo. En la mesa de la sala, con Inés inmóvil sentada a mi izquierda, le pedí al representante que se fuera de mi casa. Este se fue en silencio, no sin antes dejar un documento, a la espera de mi firma, sobre la mesa.

No iba demandar a la institución, pues sabía muy bien que eso no me devolvería a mi hija, pero tampoco pensaba firmar ese documento. Quizás alguien en mi lugar, sabiendo que había dinero de por medio, lo hubiera hecho, pero no podía evitar sentirlo como una traición hacia Rita. Y firmarlo seguramente no hubiese cambiado nada, no me arrepiento de no haberlo hecho, pero me gusta pensar que las cosas sí pudieron ser distintas. Me gusta imaginar que mi esposa sigue a mi lado, que

seguimos durmiendo juntos y que hacemos el amor cada noche. Prefiero pensar que, si no hubiera encontrado tan horrenda palabra, mi hija seguiría con vida.

La tercera y cuarta vez que la encontré fue el día de hoy. Recuerdo cómo una gota me despertó al salpicar sobre mí, tras haber logrado, finalmente, conciliar el sueño con muchos somníferos. Tras parpadear un par de veces, pude verla ahí, escrita en el techo, esta vez de un rojo mucho más oscuro, como el de la gota que se desprendía de la T para caer sobre mí. Grité y salté de la cama, con el pánico tremendo de volver a tener ante mí tales símbolos abominables, trazos mortales que amenazan con cobrar otra vida. Corrí hacia la habitación de Rita, donde Inés pasaba ahora los días y las noches. Resbalé repentinamente al cruzar el pasadizo. Mi rostro golpeó directamente contra el suelo y terminé de empaparme por completo con la sangre de aquel enorme charco. Aterrado y adolorido, alcé la mirada hacia la puerta frente a mí, que lucía inmensa desde donde estaba yo. Mi mirada subió con lentitud desde la base, y al llegar a la altura de la perilla, rompí en llanto una vez más. Mis lágrimas se mezclaron con la sangre de mi mujer, quien yo sabía yacía muerta al interior de esa habitación, en cuya puerta estaba escrita su muerte. El horror había vuelto en forma de grafemas, que, de tener vida, y seguro que la tenían, disfrutaban de mi martirio. Mis puños golpearon con furia el suelo, donde permanecí tendido durante no sé cuántas horas, esperando la muerte quizá.

Me levanté hace unas seis horas manchado de sangre seca para abrir la puerta que tenía frente a

mí. En la cama, yacía el cuerpo desmembrado de mi mujer, degollada hasta la mitad de la garganta, donde el cuchillo aún permanecía; con mechones de pelo arrancado hasta el cuero cabelludo desparramados por doquier. Sus dedos mutilados y esparcidos por el suelo señalaban hacia mí, me culpaban de tal atrocidad. Entre ellos, sobresalían además los globos oculares extirpados de mi amada Inés, que me miraban fríamente y me acusaban de su muerte y de la de Rita, como si hubiese sido yo quien la descuartizo o quien empujó a mi pequeña del techo de la escuela. En nombre de Dios, soy inocente, quien lea esto tiene que saberlo.

Salí de ahí con rumbo al computador, desde donde ahora escribo mis últimas palabras. Luego de mucho pensarlo, decidí dejar plasmada aquí mi inocencia, pues sé que no podré hacerlo en ninguna otra parte, tal vez ni frente al propio San Pedro.

Ha llegado la hora de mi muerte. Tras oír el disparo, alguien llamará a la policía y todo esto habrá terminado de una vez. Me reuniré con mis dos amores en alguna parte y podré suplicar de rodillas su perdón. Una vez hecho esto, volveremos a ser la hermosa familia que éramos antes de que esa monstruosidad llegara a nuestras vidas. Lo único que lamento es jamás haber cumplido mi sueño de ser escritor, acabar siendo olvidado, sin haberle mostrado al mundo mis escritos. Supongo que ya es tarde para lamentarse. Pero, ¿es que acaso podría esto ser considerado un cuento más? ¿Podrían mis últimas palabras mostrarle al mundo de lo que soy capaz? De ser así, aún me haría falta un título.

EL GATO BAJO LA CAMA

— Buenas noches, Sofi.

— Buenas noches, mami.

Sofía tenía la mirada fija en su mochila colores. Había esperado todo el día para estar a solas en su alcoba. Al oír que su madre cerraba también la puerta de su habitación, se levantó y se dirigió con sigilo a su silla, sobre la cual estaba su objetivo. Esa tarde, pidió a su madre permiso para llevar la comida a su cuarto, y luego de tanta insistencia, logró su cometido. Acabó rápidamente sus tareas y ni siquiera vio su programa de televisión favorito. Hizo todo lo posible por estar la mayor parte del tiempo a solas, pero no lo lograba por mucho tiempo. Al menos hasta ese instante.

Abrió lentamente la mochila para no asustar a su invitado, metió ambas manos en ella y de su interior sacó un pequeño gato gris.

Al mediodía, cuando regresaba de la escuela caminando junto al río, observó a una anciana sentada sobre las rocas, la cual le hacía señas para que viniese. Su madre siempre le había dicho que no

hablara con extraños, pero la mujer se veía inofensiva. Pisando con cuidado, se acercó a ella.

— Ven pequeña, no tengas miedo — dijo la anciana con voz ronca.

La niña se acercó nerviosa. Nunca había sabido cómo actuar frente a un adulto.

— ¿Te gustan los animales, querida? — la mujer hablaba ahora en voz baja, casi susurrando.

— Sí me gustan — dijo Sofía aún nerviosa.

— ¿Te gustaría tener un gato?

A Sofía le gustaban los gatos. En la escuela, María llevó a su gato una vez. Todos en el salón se amontonaban a su alrededor. Su pelaje era suave y seco; su lengua, áspera y húmeda. Si ella llevaba un gato también, todos jugarían con ellos. Ella lo alimentaría, dormiría con él, lo llevaría todas partes y nunca se separarían.

— Me gustan mucho los gatos. Claro que sí — exclamó Sofía.

— Hagamos algo. Te daré un lindo gato gris, pero tienes que cuidarlo muy bien, no puede verlo nadie más que tú, ¿te parece bien? — dijo la mujer mientras la niña asentía.

— Cierra los ojos y te lo daré. No hagas trampas — dijo mientras sonreía de oreja a oreja y se ponía de pie.

Sofía cerró los ojos, esperando una orden para abrirlos, pero el silencio del lugar empezaba a inquietarle. La paciencia es una cualidad de la que casi todos los niños carecen. No pasaron ni quince segundos antes de que Sofía abriera los ojos y,

frente a sí, viera al gato más lindo de todos. Su pelaje gris resaltaba sus ojos, como dos estrellas en medio de una noche nublada. Esos potentes ojos parecían mirar a través de ti, como si pudiesen ver más allá de tu piel, carne, huesos y consciencia. Miraba a Sofía desde abajo, moviendo lentamente la cola. La niña lo cargó, lo metió en su mochila y la cerró, dejando un hueco para que este respirase. Se puso la carga a la espalda y siguió con su camino, sin siquiera percatarse de la ausencia de la mujer que le había dado a quien ahora era su gato.

La luna llena, poco a poco, era cubierta por nubes, en aquella noche de silencio. El gato inspeccionaba con calma la habitación, buscando su lugar en aquel cuarto, su mejor comodidad. Sofía lo veía pasear, como una madre ve a su hijo dar sus primeros pasos, viendo hacia todas partes con sus grandes ojos azules. Se detuvo. Quedó mirando fijamente la cama de la niña, y se metió bajo esta.

— ¿A dónde vas, gatito? — susurró la niña.

Sofía se agachó y el gato sacó la cabeza. La miró detenidamente, buscando en su mirada, como esperando algo. Se giró sobre sí y volvió a meterse bajo la cama.

— Hey, ven acá — dijo la niña y siguió al animal.

Estaba completamente oscuro. No veía más que la cola del gato agitándose de lado a lado, mientras se alejaba tranquilo. A rastras, Sofía hacia lo posible por alcanzarlo, pero por más que estirase el brazo, no lo lograba. El gato no se detuvo, solo siguió en línea recta. Ya había recorrido unos tres metros, y la niña no se daba cuenta que, poco a

poco, se alejaba de donde venía. Parecía atravesar un túnel sin salida, sin saber a dónde iba, ni si habría forma de volver, pero eso no le importaba, ella quería alcanzar a su mascota. Ya había avanzado bastante cuando se detuvo a mirar atrás, solo para darse cuenta de que no sabía por dónde había entrado a aquel lugar.

— Gatito, está muy oscuro. Esto no me gusta, vámonos, por favor —decía Sofía, mientras la voz le temblaba.

En ese momento, una luz apareció y el gato salió disparado hacia ella. Sofía también aceleró el paso, pero no alcanzaba la velocidad del animal. Vio al gato salir mientras ella continuaba arrastrándose hacia la misteriosa luz. El sudor ya empezaba caerle de la frente al suelo y las rodillas le dolían. De un impulso, finalmente, logró salir.

Estaba en una habitación casi completamente vacía, alumbrada apenas por un foco que colgaba del techo. El lugar era bastante rústico, las paredes estaban agrietadas y las pocas tablas que aún habían rechinaban. No veía a su gato por ninguna parte. El único objeto en la habitación se encontraba bajo el foco. Era una máscara de gato, con bigotes y aberturas para los ojos, sin restos de polvo. Pensó que, con ella puesta, su mascota le seguiría, y podrían volver juntos a casa, para nunca volver a ese horrendo lugar. La máscara la llamaba, la atraía como un insecto a la luz. Aunque sabía que todo eso era extraño, quería ponérsela en ese instante. Tomó la máscara entre sus manos. El material era liso, frío y liviano. Parecía que, en cualquier momento, saltaría para caer sobre su rostro. En ese

instante, el gato apareció frente a la pequeña entrada, de espaldas a la niña.

— ¡Ven aquí, por favor! ¡Mira esto! — sin pensárselo dos veces, Sofía se puso la máscara.

Al levantar la mirada, vio que, frente a ella, ya no estaba su gato. En vez de él, había una niña de espaldas. Era alta, estaba descalza y el pelo le cubría los hombros. Sofía quiso hablarle, pero de su voz solamente salían maullidos. Por más que trató, no pudo emitir palabra alguna. Mientras lanzaba esos agudos maúllos, intentaba avanzar, mas se tambaleaba a cada paso. Por un movimiento en falso, pisó la astilla de una tabla rota y cayó a un costado. Tendida de lado, levantó la cabeza para ver su herida. En lugar de un pequeño pie y una astilla clavada profundamente en su talón, vio una pata cubierta de pelo y una cola que se agitaba involuntariamente. La astilla de dos centímetros atravesaba lo que ahora era una almohadilla ensangrentada, que empezaba a hincharse y que pronto se llenaría de pus. En medio de su agonía por el terrible ardor en su pata trasera, la niña frente a ella se dirigía hacia la salida. Intentó volver a ponerse de pie, sin éxito, así que optó por seguirla a rastras. Antes de que la niña entrara al túnel, se giró para ver al animal, que avanzaba y se estremecía, dejando un rastro de sangre en su camino. Era idéntica a Sofía, usaba la misma ropa e incluso tenía la misma voz.

— Largo de aquí, pedazo de basura — dijo aquel ente con voz de niña, y de una patada lanzó al animal herido a una esquina de la habitación.

Mientras la verdadera Sofía, ahora atrapada en el cuerpo de un felino, caía duramente en el suelo, vio algo en su imitación. Los ojos celestes de aquel ser fulgían en la oscuridad, cual luceros en el cielo de la noche, ya no silenciosa, sino acompañada por maullidos de terror. La niña se giró y desapareció por la única entrada de aquel lugar. Entonces el silencio reinó en la habitación. El foco se quemó y dejó a Sofía en una oscuridad que, de alguna forma, acababa con su esperanza.

“Esta mañana fueron hallados los restos de una mujer mayor al borde del río Santa, en el departamento de Áncash. La mujer tenía el rostro completamente desfigurado, por lo que aún se desconoce su identidad. Lo único que se encontró en la escena fue una máscara de gato a pocos metros del cadáver. En otras noticias...”

La mujer apagó el televisor. Era tarde, y mañana tendría que alistar a su hija para ir a la escuela. Se levantó de la cama, abrió la puerta de su habitación, caminó a través del pasadizo y entró al cuarto de su pequeña hija, que dormía plácidamente. Se acercó hasta ella, para asegurarse de que esté completamente tapada, pues, en esa época del año, solía hacer bastante frío, en especial si se vive junto a un río. La mujer la cubrió con una sábana más y besó dulcemente la frente de su niña.

— Te quiero, Sofi — susurró. En ese instante, la niña saltó de la cama y abrazó a su madre del cuello. La mujer correspondió el abrazo de su hija.

— Mami... — dijo la tierna voz de la niña.

— Amor, no deberías estar despierta a estas ho... — las palabras de la madre fueron ahogadas por unas manos que apretaban fuertemente su cuello. La mujer se levantó sin aire, con su hija colgando de ella, clavando firmemente sus uñas en la piel de su progenitora. La sangre empezaba a gotearle de la yugular hasta bajar por su clavícula, a la vez que intentaba quitarse de encima a su agresora. Las marcas moradas de unas fuertes manitas se dibujaban en su cuello, por la sangre muerta que iba acumulándose. Sus ojos estaban completamente rojos; y los de su dulce hija, celestes y brillantes, como las únicas estrellas que alumbraban esa hermosa noche de silencio, en la que soltaba su último aliento, dando fin a su vida.

— Que descanses, mami — dijo la dulce voz de Sofía.

Sofía, en completa oscuridad, no sabía dónde estaba o cómo saldría de ahí. Ya no sentía la extremidad herida, y sufría un dolor en las costillas después de la patada que recibió. Ya había gemido por horas, y eso la había agotado aún más. Poco a poco, sus ojos iban cerrándose, para así por fin obtener el descanso que tanto deseaba. Mas en ese momento, en medio de aquel lugar, todo dejó de existir, con excepción de la forma gatuna de Sofía, que empezaba a caer en la nada, sin poder respirar o emitir sonido alguno. Mientras su cuerpo bajaba cada vez más rápido, dio su último suspiro, antes de estrellarse contra un suelo macizo. Sus huesos se hicieron trizas, y su carne acabó hecha una masa amorfa con marañas de pelo a su alrededor. Un charco de sangre llenó el piso en cuestión de

segundos, y cada célula de su cuerpo sintió un dolor tan insoportable como solo podía existir en alguna parte del infierno de Dante. Entonces, Sofía despertó gritando.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y la nariz llena de mocos. Se sentía completamente impotente, sin siquiera percatarse de que había mojado la cama. Su llanto era tan fuerte que se oía en toda la casa. Entonces su madre entró a la habitación.

— ¡Amor, tranquila! Solo fue una pesadilla — dijo la mujer abrazando fuertemente a su hija —. Ya pasó, cariño. Cálmate. Cuéntale a mami qué pasó.

La niña, entre lágrimas, le contó lo del gato, como había llegado a aquel extraño lugar y que había quedado atrapada, sola y malherida. Le contó también que soñó que le hacían daño a su madre. Ambas se abrazaron fuertemente, mientras Sofía dejaba de llorar y su madre la consolaba. Cuando Sofía se calmó, se soltaron.

— Tranquila, Sofi, solamente fue un sueño. Ahora alístate para ir al colegio, que se hace tarde, — dijo su madre mientras la soltaba — y quítate de una vez esa máscara.

Sofía se llevó las manos a la cara, solo para darse cuenta de que tenía puesta la máscara que había visto en aquella habitación. Intentó quitársela, pero, no lo logró.

— ¡Mami, ayúdame! ¡No me la puedo quitar! ¡Haz algo! — decía Sofía mientras las lágrimas volvían a nublar sus ojos.

— Sofi, por favor. Se nos hace tarde. Quítate esa cosa de la cara — exclamó la madre.

— ¡No puedo! ¡Quítame esto, mamá! — gritaba la hija en medio de un llanto de piedad.

— ¡Quítate eso, dije! — la mujer se acercó y tomo la máscara con ambas manos.

Sofía paró de llorar. Se quedó helada, sin mover un músculo, sin emitir un sonido. Frente a ella, su madre sonreía tiernamente, con los hoyuelos que caracterizaban su rostro y los tres lunares en su mejilla derecha. Sus ojos tenían un brillo azul, como los de su amado gatito. Pero para ese momento, su mente había quedado en blanco.

De un tirón, la figura de su madre le arrancó la máscara, llevando consigo la piel de sus cachetes, nariz y sus carnosos labios de niña. Sus ojos salían de sus cuencas, que se volvían pozos de sangre y sesos. Su lengua se estiraba y se le extraía desde la garganta, rasgando el tejido del paladar y la tráquea, causando asfixia. Parte de su cuero cabelludo también era desgarrado, dejando al aire restos de tejido adiposo, cabellos pegados y parte del hueso. Quien hace un instante era una linda niña, ahora lucía como un cadáver diseccionado que había muerto calcinado. La cabeza de la pequeña cayó sobre una mezcla de su propia sangre y orina.

En la habitación solo quedaba el cadáver de Sofía y un pequeño felino que, con una máscara en la boca, se escondía bajo la cama de quien en vida había sido su dueña.

** Cuento publicado en la antología “Los Gatos” de Editorial Aeternum - Perú, 2019.*

MUERE UN ANGEL

Angelina despertó esa mañana con lágrimas en los ojos, se alistó con desgano para ir a la escuela y, luego de tomar un desayuno que seguramente vomitaría, se fue.

Al cerrar la puerta de su habitación, todo quedó en silencio como durante algunas noches. De la pared colgaban dos cuadros: en uno se apreciaba una foto familiar, donde aparecía de niña junto a sus padres. El cristal de aquel había sido agrietado hace ya un tiempo. En el otro, ya más jovencita, llevaba puesto el hermoso vestido azul de sus recientes quince años. Lucía muy bella a pesar de su falsa sonrisa.

De pronto hubo movimiento: una felpuda figura se ponía de pie sobre la cama de Angelina. Llevaba un corazón rosa entre sus patitas y una margarita de tela cosida en la frente. Su gran cabeza se alzaba en medio del cuarto, mientras susurraba que su dueña ya se había ido. Entonces dos siluetas más surgieron de detrás del almohadón: una muñequita de trapo con vestido rosa y un conejo de peluche con las orejas caídas. Los tres juguetes que

acompañaban a la joven por las noches cobraron vida durante su ausencia.

— ¿Volvió a ocurrir? —preguntó la muñeca haciendo una mueca de tristeza.

Los dos peluches asintieron cabizbajos. Se acercaron los tres para sentarse formando un círculo y, juntos, recordar a su pequeña Angelina.

— Me acuerdo que me recibió con los brazos abiertos esa Navidad, cuando tenía ocho añitos — continuó la muñequita—. Jugamos juntas siempre a su regreso de la escuela. Todo era risas y diversión, incluso al llegar su padre para jugar con nosotras. Siempre traía un vestido nuevo para ella y para mí: hermosos conjuntos que paulatinamente se volvían más y más cortos. Ya no usa vestidos, después de todo, necesita usar mangas para cubrirse... Ya saben... —dijo señalando a la mesita de noche.

— Yo nunca olvidaré aquel San Valentín. Ella me sonrió apenas nos vimos y se lanzó a los brazos de su novio —prosiguió el oso mientras se aferraba al corazón cosido entre sus manos—. Se besaron dulcemente, como si él de verdad la quisiera. Me duele un poco recordarlo, porque ella sí le quería mucho.

—¿Y él a ella no? —preguntó la muñeca.

— Cuando él me compró, me ocultó en su armario, y desde la rendija pude verlo con otra. A ella sí que la besaba. Pobre Angelina, jamás se enteró de nada, y ojalá no lo haga nunca, por su propio bien —dijo finalmente el oso.

El lugar quedó una vez más en silencio. Las cabezas de ambos juguetes se giraron hacia el

conejito, que hasta entonces no se había atrevido a hablar.

— Yo llegué a sus once años; antes de ti, oso; y después de ti, muñequita. Ese día me dejó en su habitación, sobre su almohada. Me apachurra siempre que llora, y lo hace hasta quedarse dormida. A veces también la oigo lamentarse entre murmullos —tras un silencio corto, prosiguió—. Pocas horas después de dejarme ahí, entró corriendo a la habitación, se desvistió de pies a cabeza y buscó en su mochila una bolsa rosada. De su interior sacó algo y se lo puso entre las piernas a modo de prenda.

— Si lo recuerdo —interrumpió la muñeca—. Fue la primera vez que le ocurría algo así. Desde entonces le ocurre todos los meses.

— ¿Qué lo ocurre? —preguntó el oso confundido.

— Sangra —respondió la muñeca—. Al igual que cuando abre el cajón.

El ambiente quedó otra vez en silencio y el conejo prosiguió con su historia.

— También sangró por ahí la primera vez que vino papá a dormir, ¿lo recuerdan? —dijo mientras los otros bajaban la mirada—. Ayer vino de nuevo y volvió a tocar a Angelina.

— Lo sé —dijo el osito—. Igual que como ese San Valentín, cuando su novio también la tocaba y ella le rogaba que no lo hiciera, que le amaba pero que no lo hiciera.

— Papá vino a ayer y ella volvió a llorar en silencio —dijo el conejo con pena. Nadie se atrevió a continuar.

Horas más tarde, Angelina volvió a casa y se encerró en su habitación. Fue directamente a la mesita junto a su cama y del cajón sacó dos hojas de afeitar. Cortó con rapidez sus muñecas, como solía hacerlo casi todos los días de su vida, pero, esta vez, la clavó con mayor profundidad y muchas más veces. Sus sábanas se mancharon de sangre una vez más, como aquella oscura noche en que papá vino a dormir.

Sus brazos se abrieron mutuamente y el corte final en cada antebrazo fue una sola línea que lo atravesaba de extremo a extremo. Esa misma noche, encontrarían su cuerpo tendido sobre su cama. Cerró los ojos por última vez, agradecida consigo misma por no haber permitido que su último sufrimiento fuese a manos de alguien más.

LA CALLE DEL BALCON AZUL

Escribo cada una de estas palabras con una mano muerta, de un modo bastante singular. Si encontraste este manuscrito, quiere decir que pasaste por la calle del balcón azul, aquel por el que a partir de las cuatro me asomaba yo y un joven con su fiel amigo, el libro. A veces, también nos acompañaba su pluma. Juntos, solíamos leer y crear grandes historias, muchas de las que se plasmaron sobre blancas páginas ausentes de vida, que con tinta se convertían en las más grandes aventuras o en los más oscuros misterios. Sin embargo, jamás creó una historia de amor, pues anduvo solo hasta el fin de sus días. No soy un crítico, ni mucho menos; aunque, irónicamente, sí soy mucho menos que un crítico, ya que él también lo era; pero como iba diciendo, a pesar de no ser uno, puedo asegurar que, como escritor, él fue el mejor que pudo existir, y que jamás habrá uno mejor que él. Lo sé porque yo le ayudé a escribir todas y cada una de sus historias, aunque podemos decir que el crédito fue completamente suyo. Lástima que ahora lleve muerto en su cama ensangrentada desde hace más de tres días.

Para hacerse compañía, decidió un día comprar un títere, esos de mano que mueven la boca con los dedos. La idea me pareció de lo más extravagante, mas de no haberlo hecho, no estaría aquí escribiendo esta historia. El muñeco llevaba ojos de botón y una boca roja con la lengua pegada al paladar. Su cuerpo estaba hecho de una tela gris y su ropa era una mezcla de blanco, rojo y verde, como un duende navideño. Tenía unas pequeñas manos que se podían mover con el índice y el meñique si usabas los otros tres dedos para moverle la boca. Al ponérselo, sonrió de oreja a oreja, como quien hace un nuevo amigo. En este caso, un amigo de hilos y botones. A partir de ese día, la marioneta nos acompañó durante las veladas de lectura en el balcón, que cada vez se hacían más extensas. Por el contrario, los momentos para escribir duraban cada vez menos, y los resultados de estas pocas horas eran desechados por el propio muchacho, quien siempre insistía en querer escribir acerca del fantoche, pero sus escritos jamás lograban satisfacerlo.

Una noche de insomnio, tras haber terminado de leer todos y cada uno de sus libros, se dio cuenta de que ya era momento de escribir otra vez. Tenía cinco novelas listas y estaba decidido a publicar las seis a la vez, las seis mejores novelas que podrían existir, cuyas páginas yacen desperdigadas en el suelo de este apartamento barato. Tomó un lápiz y un puñado de hojas que abundaban en la habitación, fue hacia el sillón del balcón y, con el títere en la mano izquierda, escribió mientras hablaba con su amigo, respondiendo por él con una vocecilla aguda. El texto fluyó maravillosamente

mientras conversaba con la marioneta. Esta estrategia daba resultados excepcionales, pues esta novela, que también le había ayudado a escribir yo, es la mejor novela que existe, una humillación a todos los escritores que han habitado la Tierra, haciendo que sus textos no sean nada en comparación. Tal fue la inmensidad de su prosa, que al escribirlo sudaba como si hubiera corrido una maratón de ida y de vuelta. Su ceño se fruncía al plasmar cada oración sobre el blanquecino papel y las letras lo observaban con asombro, orgullosas de ser parte de aquel manuscrito tan perfecto.

Empezó y terminó la novela en solamente una noche, siendo esta noche la última en la que alguien se asomaría por el balcón azul.

Tomó las seis novelas, unidas sus páginas únicamente por clips, a las seis de la mañana, decidido a ir a la editorial, donde las publicarían inmediatamente, o al menos lo hubieran hecho si tan solo hubieran llegado a leerlas. Por primera vez, se puso el títere en la mano derecha y, con este, sostuvo las hojas contra su cuerpo. Cuando llevó la mano izquierda a la perilla, el bombeo constante, que lo había acompañado toda su vida, se detuvo. Las manos saltaron directo a su pecho, sobre su corazón. Se tumbó de espaldas y cayó sobre la cama, mientras los viejos clips se desprendían e infinidad de páginas caían desordenadamente en la habitación, frente a la desconcertada mirada de su creador, cuya alma lentamente se desvanecía.

Durante una hora, el cadáver del joven quedó completamente inmóvil sobre el viejo colchón. Fue entonces cuando cobré vida tan de repente. Me levanté apoyándome sobre el codo de mi amigo

fallecido y jugué un rato con mi nueva figura, lanuda y con ojos de botones. Poco tiempo después, al darme cuenta de que yacía pegado a un cadáver, decidí que debía tratar de escapar de aquella soledad para volver a escribir en el balcón azul antes de que yo también muriera, pero esto jamás fue posible. Con mucha dificultad, arranqué los dientes del muerto, empezando por los caninos y siguiendo por los incisivos, ayudándome con lo que estaba a mi alcance. Con ayuda de los dientes y un cortaúñas que saqué de un cajón, empecé a rasgar la piel y el músculo que me unían al difunto, exactamente por donde acababa el húmero. El proceso fue más laborioso de lo esperado, puesto que la zona era muy complicada de alcanzar. La sangre empapó las sábanas nada más empezar y, horas más tarde, la articulación parecía imposible de romper. Usé todos los dientes que conseguí e incluso consideré extirpar algunos más, pero los molares y premolares no tenían el filo de los otros, así que opté por usar el cortaúñas casi completamente desgastado. Entre desgarrar y desgarrar, muchas gotas salpicaron al suelo, donde cientos de páginas quedaron ensangrentadas. Me atrevería a decir que todas lo están, menos en las que estoy escribiendo.

Con ayuda de mis extremidades, bajé del lecho y avancé hacia donde habían quedado el lápiz y unas cuantas páginas en blanco. No sé el motivo por el cual estoy vivo. Jamás me informé de un brazo viviente envuelto en un títere, que ahora, tras la exitosa operación de libertad, conserva una apariencia siniestra por las manchas rojizas de sangre seca bajo sus ojos de botón. Nunca llegué al balcón, pues no logré alcanzar la perilla, así como mi único escrito no logró alcanzar a alguno de los

suyos. Es por eso que estas hojas las paso bajo la puerta del balcón azul unidas por un clip, para algún día llegar a alguien llevadas por el viento.

JUGANDO CON GREGORIO

Otro día más en la vida de Pablo llegaba a su fin. Mientras su cuerpo se acurrucaba entre las frazadas de superhéroes que le habían comprado hace dos meses en su cumpleaños, el pequeño recordaba su día. Un azul oscuro inundaba las paredes de su habitación, acompañado de los posters de sus caricaturas favoritas, las cuales veía cada tarde mientras esperaba a que llegase su madre, quien trabajaba desde primera hora del día y regresaba al caer la noche.

Esa mañana se despidió de ella con un beso antes de ir al colegio, aquel horrible lugar al que detestaba tener que asistir cada uno de los días de su vida desde que tenía uso de razón. A su corta edad, nunca había tenido un verdadero amigo, ni siquiera cuando alguna vez le habían prometido que en la escuela haría muchos de ellos. Ahí todos los niños eran egoístas, llorones o molestos, y Pablo nunca les hablaba, quizás por su rechazo hacia ellos o el rechazo de ellos hacia él. Para todos en el salón, solamente era un niño raro y callado que en los recreos se sentaba junto a la puerta del salón a comer.

Aquel día, al salir al patio de juegos, luego de solamente hacer bolitas de papel para pegarlas sobre el dibujo mal hecho de una oveja, se sentó una vez más junto a la puerta del salón a disfrutar de su comida, una pequeña bolsa de galletas y una cajita de jugo. Pensaba en lo afortunados que eran sus compañeros, que disfrutaban de distintas comidas cada día y llevaban muchas botellas de distintos colores. Su madre siempre andaba con prisa, incluso, cuando regresaba del trabajo, seguía realizando una que otra llamada con algún gerente o contratista, términos que él aún desconocía, pero que recordaba oír de la voz de su progenitora. Al terminar de comer su última galleta y beber el último sorbo de jugo, ocurrió lo que más temía. Observó a la señorita Gloria acercarse lentamente hacía él, con una sonrisa en el rostro que hipnotizaba al pequeño Pablo y lo incentivaba cada mañana a ir al colegio sin rechistar. El rostro del niño se sonrojaba cada vez que la dulce profesora le dirigía la palabra, con una voz de sirena que lo hubiese convencido de bajarle el cielo mismo. Sin embargo, al salir las palabras de su boca, sintió el deseo de que lo tragase la tierra.

— Pablito, dame la mano, vamos a jugar con tus amiguitos —dijo la maestra mientras sostenía con delicadeza la mano del pequeño y lo ayudaba a ponerse pie, sin preguntarse si era o no lo que él quería.

Odiaba relacionarse con esos niños, ninguno de ellos quería hablarle y podía verlo en sus ojos. Al llegar junto a ellos, que se encontraban jugando a las clásicas chapadas, la profesora los llamó con esa dulce voz que ponía nervioso al pequeño.

— Niños, aquí está Pablito para que jueguen también con él —dijo, mientras sonreía y soltaba su mano, a la vez que le susurraba— Vamos Pablito, diviértete con tus amiguitos.

Pablo se acercó hacia ellos encogiendo el cuello y mirando al suelo. Odiaba ser el centro de atención, y aunque haría lo que fuera por la señorita Gloria, nunca dijo que lo haría con una sonrisa en el rostro. Fue cuando se acercó a un niño para hablarle, que sintió unas manos en la espalda y cayó al suelo, apoyándose con sus manos para no golpearse la nariz. Al mirar por encima de su hombro, vio como Nicolas reía hasta casi caer al suelo igual que él. La baba le salía de la boca en medio de su cruel carcajada y enseñaba sus dientes llenos de caries a la vez que señalaba con el dedo índice a Pablo. “Nick”, como pedía que lo llamasen, a pesar de que nadie lo hiciera, había repetido de año debido a su mal comportamiento. Le gustaba jugarles bromas pesadas a las profesoras y molestar a sus compañeros, a veces ocultando sus cosas o robándoselas. La señorita Gloria siempre decía en clase, antes de que él llegara, que tenía problemas en su casa y que por eso debían tenerle paciencia.

— Tú no juegues con nosotros, bicho raro — gritó Nicolas mientras salía corriendo a seguir jugando. Al perderlo de vista, Pablo se dio cuenta de que todos los niños lo miraban, y algunos se reían de él. Sus risas inundaban el aire y ahogaban sus oídos, mientras sus acusadores dedos lo señalaban. Algunas voces empezaban murmurar entre ellas, mientras el pequeño esperaba que alguna maestra lo salvara de aquella situación; sin embargo, la señorita Gloria ya no estaba ahí para presenciar lo

ocurrido, pues podía verla atendiendo una llamada dentro del salón. Las lágrimas recorrieron el rostro de Pablo, quien echó a correr hacia un rincón, lejos de los niños que tranquilamente continuaron jugando.

Al día siguiente, Pablo no quería ir a la escuela. Después del incidente de ayer, del cual no le había dicho a su madre absolutamente nada, estaba ideando un plan para no tener que ir al colegio nunca más. En una clase, en lugar de jugar con plastilina o papel, la profesora Gloria les habló acerca de los gérmenes. Les dijo que eran cosas muy pequeñas que no podían ver, que cuando tocaban a alguien los hacía enfermarse, y que si estaban enfermos no podrían venir a la escuela. Entonces Pablo planeó encontrar a esos gérmenes, que según la profesora vivían en la basura; sin embargo, al despertar esa mañana y buscar en la cocina y el baño, notó que los cubos estaban vacíos, y que por ende, no le quedaba más opción que buscarlos en el tacho de la escuela, por lo que se veía obligado a ir una vez más, con el único consuelo de saber que aquel sería el último día.

Igual que el día anterior, se despidió de su madre con un beso en la mejilla y bajó del auto estacionado frente a la escuela, haciendo un esfuerzo para volver a pisar el lugar donde hace veinticuatro horas había sido humillado, esperando no volver jamás luego de aquel día. Mientras caminaba a través del pasillo, arrastrando su mochila de ruedas, miraba a los alrededores esperando encontrar algún bote de basura como los que había en su salón, mas no vio ninguno. Entró al aula

mirando al suelo, esperando de que sus compañeros no se rían de él y rogando que de una vez sonara el timbre del recreo para poder hurgar en los desechos y hallar ahí el objeto con más gérmenes en todo el universo.

Su momento había llegado. Al sonar la campana, todos los niños empezaron a gritar y correr, pidiendo a la profesora que abra la puerta para poder salir. Pablo esperaba sentado a que todos salieran de una vez para poder revisar cuidadosamente los tres tachos del salón. Al abrirse la puerta, Pablo se acercó a uno de ellos, el que estaba junto al pupitre de la profesora. Mientras los niños salían a toda velocidad, chocando unos con otros y dejando el aula desordenada, Pablo alzaba la tapa del primer bote de basura. Quedó decepcionado al darse cuenta de que solo había una bolsa negra vacía, sin una sola pizca de suciedad. Sin perder más tiempo, corrió hacia el más cercano, que estaba junto al mueble de madera donde los niños colocaban sus loncheras. Miró de reojo a la puerta y vio como todos habían salido ya del salón, incluida la profesora Gloria. Si no volvía al colegio nunca más, era la única persona a la que extrañaría, y quizás la única por la que valdría la pena quedarse. Pero no había tiempo para mirar atrás, tenía la obligación de continuar con su plan. Al revisar en este último, encontró solamente un montón de recortes de papel, los cuales habían hecho en clase hace unos minutos. “Esta basura aún no está lo suficientemente sucia” pensó Pablo con una mirada pensativa en su rostro. Estaba seguro de que ahí no encontraría lo que buscaba, así que miró directamente a su última opción: el tacho junto al

librero. Para llegar a él, tendría que pasar frente a la ventana, así que debía ser muy cauteloso para evitar ser visto por alguna profesora o un compañero chismoso. Cruzó por debajo de las mesas para no ser visto, mientras se imaginaba como un verdadero espía encubierto infiltrándose en una base enemiga para salvar a sus colegas. Al pasar por la última mesa, Pablo se puso de pie rápidamente y llegó al bote de basura. Sin más preámbulo, levantó la tapa de este y dentro encontró un gran tesoro: fruta podrida, restos de papel higiénico, que alguien seguramente habría usado para sonarse la nariz, un sándwich a medio comer y envolturas de plástico de todos los colores. Sin lugar a dudas, ahí encontraría a los tan ansiados gérmenes que buscaba. Metió una mano dentro y empezó a hurgar entre la basura, rogando que en ella existan los suficientes gérmenes para poder enfermarse por el resto de su vida. Pablo empezó a pensar en su madre. Si él se enfermaba, ella se quedaría en casa a cuidarlo, pasarían todo el día juntos y le mostraría sus caricaturas favoritas, en la noche pedirían pizza y ella finalmente podría relajarse un poco, sin tener que pensar cada instante en el trabajo. Con su imagen en la mente, Pablo cogió lo que había en el fondo de aquel mugroso tacho de basura y lo extrajo con su mano derecha.

En la palma de su mano, una tira de cáscara de manzana color marrón atraía pequeñas moscas que cautelosas se acercaban a degustar. Virutas de lápiz y un pedazo de papel habían quedado pegados a un extremo de los restos de la fruta que pendían de la mano de Pablo. En su mirada se notaba su decepción al ver que algo como aquello fuera lo que había estado buscando con tanto entusiasmo.

Cuando estaba a punto de devolverla a su lugar, sintió el caminar de unas diminutas patas peludas que subían a su mano. Su mirada se centró entre su medio y anular, por donde se asomaban dos pequeñas antenas color marrón. Una pequeña cabecita emergió de entre sus dedos y, seguida de un brillante exoesqueleto, fue a parar a la palma del niño. Levantó su cabeza como si fuera una mascota que mira fijamente a su dueño, sus pequeñas alas empezaron a vibrar, causándole cosquillas a Pablo, quien había quedado maravillado ante su descubrimiento. Había visto una vez algo similar cuando fue a matricularse a ese colegio en verano. Al pasar por un patio mucho más grande que el suyo y con asientos mucho más incómodos, vio un cartel con un dibujo similar a aquel animal, con las mismas antenas y caparazón. Bajo el dibujo había unas palabras que él, a su corta edad, aún no comprendía, pero que le causaban suficiente intriga como para preguntar. Su madre le dijo rápidamente que ese animal se llamaba cucaracha, y que debajo del extraño dibujo estaba escrito el nombre de un tal “Gregorio Samsa”.

— ¿Cómo te llamas pequeñín? ¿Estás perdido? —preguntó Pablo, acercando al bicho a su boca, como si este de verdad lo escuchara— Te puedes quedar conmigo si quieres. Podemos ser amigos —dijo mientras echaba la cáscara a la basura.

Se dirigió hacia el patio de juegos con su acompañante en la mano derecha, mientras que con la zurda sacaba de su bolsillo una bolsita de galletas a medio comer. Cuando cruzaba la puerta con una sonrisa en el rostro, se detuvo a mirar una vez más a su nuevo amigo.

— Te vas a llamar Gregorio —le dijo al insecto. Se sentó junto a la puerta del salón a comer galletas, no sin antes aplastar una de ellas con los dedos y acercar sus migajas a Gregorio para que ambos pudieran disfrutar de aquel dulce sabor en compañía.

Esa noche, el pequeño Pablo esperó a que su madre llegase a casa para preguntarle más acerca de las cucarachas y, con suerte, le presentaría a Gregorio, quien lo había acompañado todo el día. Una vecina lo recogía y almorzaba con él en su casa todos los días antes de volver a la suya a mirar caricaturas. Era una mujer mayor que había conocido a la abuela de Pablo, la cual hace solo unos años había muerto de un ataque al corazón mientras unos hombres robaban su casa. Gregorio había viajado en su bolsillo durante el trayecto a casa y en el almuerzo, hasta que al llegar a casa finalmente pudo salir. No podía mostrar a su amigo a nadie más que a su madre, y quizás a su maestra, las únicas personas en las que realmente confiaba. Ya en casa, Pablo sacó un pequeño trozo de pan que partió en migajas para que su invitado también pueda almorzar. El resto del día se la pasaron viendo dibujos animados, comiendo del trozo de pan y jugando juntos. A Gregorio le gustaba mucho pasearse a través de los brazos del niño, a quien parecía no incomodarle las pequeñas y peludas patitas del artrópodo paseando sobre su cuerpo.

Al llegar su madre, después de haberse alistado para ir a la cama, le pidió que le contara un cuento para dormir, aun estando seguro de que le contaría el mismo de siempre: "La caperucita roja". Al

terminar con el relato en apenas dos minutos, besó a su hijo en la frente y se levantó de la cama. Fue entonces cuando Pablo decidió preguntarle.

— Mamá ¿Cómo son las cucarachas? —dijo el niño, con ojos y oídos bien abiertos, esperando ilusionado una respuesta. Gregorio estaba escondido en el cajón de la mesa junto a su cama, el cual planeaba abrir en cualquier momento para que su madre lo conociera. Sin embargo, en ese momento una mueca extraña apareció en su rostro, como quien degustaba un delicioso pescado y, entre mordida y mordida, se topaba con una espina.

— Son insectos asquerosos que viven en la basura, hijo. Están llenos de gérmenes y viven en lugares oscuros y sucios —le dijo con una expresión de asco en el rostro. El pequeño ya sabía aquello, pero no entendía por qué su progenitora lo decía de forma tan despectiva. Lo siguiente que dijo, dejó al pequeño con un miedo que no lo dejó dormir tranquilo—. Si alguna vez encuentras una, aplástala con el pie. Esas plagas podrían infestar nuestra casa, ten mucho cuidado con ellas.

En ese momento, la mirada de Pablo se perdía en la nada y sus puños se cerraban fuertemente, haciendo lo posible por ocultar su miedo. Ahora estaba completamente seguro de que no podía mostrarle a Gregorio a nadie, ni siquiera a su propia madre. En ese momento, empezó a sonar en la sala el teléfono celular de la mujer, quien se puso de pie y besó a su niño en la frente.

— Buenas noches, Pablo. Dulces sueños —le dijo antes de salir de la habitación. En cuestión de segundos, el pequeño perdió el color de sus mejillas,

dejando únicamente el rostro pálido y con los labios temblorosos de un niño que hacía todo lo posible por no llorar.

Pablo se quedó el resto de la noche en posición fetal, mirando al cajón en el que se hallaba su amigo, quien merodeaba alrededor de un pedazo de fruta que el niño le había dejado. Antes de quedarse dormido, Pablo oró por Gregorio como había aprendido en la escuela, y le pidió a Dios que, por favor, cuidase de él.

Al despertar a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue abrir el cajón de la mesa junto a él para ver si Gregorio aún seguía ahí, y para su sorpresa, estaba corriendo por encima de la ropa en el cajón. Pablo acercó su dedo hacia él, quien rápidamente subió hasta la palma de su mano. Olvidando el plan del día anterior, se arregló para ir al colegio con su amigo insecto escondido en un bolsillo pantalón. Luego del improvisado desayuno y de veinte minutos de su madre al volante, llegaron a la escuela. Recibió su beso en la frente con una expresión seria en el rostro, pensando en Gregorio en todo momento. Después de lo que le habían dicho anoche, el pequeño pensó que su amigo corría peligro al estar junto a él y que quizás era mejor que regresara a su hogar, en la basura. Bajó del auto y, arrastrando una vez más su mochila a través del pasillo, se dirigió al salón.

Su mirada perdida parecía la de un hombre mayor, lleno de preocupaciones de la vida diaria, con deudas por pagar y problemas de familia. Hacía de mala gana cada una de las actividades en clase, y,

aun así, lograba terminar con todas ellas. Mientras el pequeño estaba perdido en sus pensamientos, Nicolás seguía a la señorita Gloria de un lado del salón al otro, mientras le pedía que le devolviera la caja de naipes que había traído al salón ese día. A pesar de que la maestra le había dicho que no, y que llamaría a sus padres por traer esos juegos a la escuela, el niño insistía en que se la diera devuelta y que no volvería sacarla. Sin embargo, la profesora no cedió ante la petición del infante, quien ya empezaba a suplicarle con los ojos llorosos y sabiendo muy bien que, si su madre se enteraba de lo sucedido, sería cruelmente azotado por ella con el grueso cinturón que guardaba en el armario, y que no le importaría hacerlo delante de sus hermanos menores. Luego de unos minutos de lloriqueo, Nicolás finalmente se dio por vencido y regresó a su asiento. La maestra, al verlo regresar a su lugar, colocó la caja de naipes en lo alto del librero del salón, el cual usaban guardar los materiales que debían mantener fuera del alcance de los niños. Unos minutos después, sonó el primer y único de los tres timbres de recreo que debieron haber sonado ese día.

Los niños, como todos los días, salieron del salón de la manera más desordenada posible, haciendo el mayor barullo que sus gargantas les podían permitir. Pablo salió también del salón, dando pasos lentos y mirando al suelo, con una expresión indescifrable en el rostro. Finalmente, la última en salir fue otra de las profesoras, que cuidadosamente colocó una pistola de silicona caliente en el librero, junto a los naipes de Nicolás.

El pequeño Pablo fue una vez más a su lugar junto a la puerta del salón, mientras sacaba a Gregorio de su bolsillo y lo colocaba con cuidado en el suelo. En su mano llevaba una bolsa de galletas pequeñas, de las cuales cogió una y la aplastó cuidadosamente. Las migajas salieron despedidas entre su índice y su pulgar, y cayeron junto a su amigo, que empezaba a comer de ellas. El niño seguía meditando acerca de lo ocurrido, mientras veía al animal revolotear junto a él. Estaba seguro de que si continuaba con Gregorio, el pobre tendría que vivir siempre aislado para así evitar ser aplastado por la suela de un zapato. No quería eso para él, quería que fuera libre y que pudiera vivir feliz en su basura. Por última vez, Pablo acercó el índice al insecto, quien instantáneamente subió al dorso de su mano. Se puso de pie y, esperando no ser visto, entró una vez más al salón para poder despedirse.

Alzó la tapa del bote de basura y, con ojos llorosos, acercó el rostro a su amigo.

— Tienes que irte, Gregorio. Debes volver a tu hogar. Anda, sé libre —dijo con una sonrisa en el rostro mientras acercaba la mano al tacho. Pablo planeaba visitarlo de vez en cuando, llevarle alguno de sus juguetes para que pueda divertirse, y todos los días dejar una galleta molida dentro del cubo de basura. Cuando el animal estaba a punto de bajar de la mano del pequeño, una palmada derribó a Gregorio.

— ¡Una cucaracha! ¡Qué asco! —dijo Nicolas, que se acercaba con rapidez al artrópodo, quien luego de caer al suelo, empezaba a correr por su vida. Los pies del niño se acercaban rápidamente al

insecto, el cual se salvaba por apenas centímetros y quedaba acorralado contra el librero. Con ayuda de sus delgadas patas, empezó a caminar sobre un lado de este, tratando de evitar los manotazos del niño. Pablo apenas había tenido tiempo de reaccionar al ataque, y mientras le pedía que parase, el animal había logrado llegar a lo más alto del estante. Nicolás cogió una de las sillas para niños y la acercó al mueble de madera, para así poder acabar con el bicho de una vez por todas. Pablo quiso detenerlo tirando de una de sus mangas, pero su compañero era más grande que él, y de un empujón lo tiró al suelo. Subió sobre la pequeña silla e intentó divisar a su presa alzando la mirada, mas no alcanzó a verlo escondido en el borde del librero. Sin embargo, si alcanzó a ver a duras penas la caja de naipes, en la cual prefirió centrar toda su atención. Alzó la mano lo más que pudo, mientras se ponía de puntillas sobre el frágil banco para niños y Pablo lo observaba desde el suelo. Sus dedos intentaban alcanzar inútilmente el mazo de cartas que estaba demasiado lejos para él. De repente, sus yemas se sintieron abrasadas por un fuerte calor, al tocar por error la silicona caliente que aún salía de la pistola encendida. Al quemarse, el niño perdió el equilibrio sobre la silla, que se empezó a tambalear de atrás a adelante. Su mano sana intentó buscar instintivamente un punto de apoyo, aferrándose con todas sus fuerzas al borde del pesado estante de madera. En apenas un instante, el niño que ahora se aferraba con ambas manos a la estantería, que lentamente venía hacia el frente, resbalaba de la silla.

Nicolas cayó al suelo, seguido de aquel mueble macizo que haría trizas cada uno de sus pequeños

huesos de niño. Ninguno de los dos tuvo tiempo para poder gritar o pedir ayuda, pues para la conciencia de uno y la vida del otro, ya era demasiado tarde. Antes de que el librero tocara el suelo, hubo un sonido que quedó grabado para siempre en la mente de Pablo, quien observaba la escena sobre el piso. El sonido era similar al de un lápiz al quebrarse, y cualquiera hubiera deseado que hubiera sido producido de la silla al romperse, pero el niño estaba seguro de que aquello venía de los huesos de Nicolas, partiéndose uno tras otro, mientras el pequeño, aún consciente, perdía repentinamente el aliento y se le saltaban los ojos. En apenas un instante, sus brazos y piernas se quebraron, sus costillas se partieron en dos y se clavaron sobre sus ya vacíos pulmones. La peor parte para Pablo, fue ver como la cabeza de su compañero quedaba aplastada entre el suelo y el filo de la estantería, y la sangre salía disparada como las migajas lo hacían entre sus dedos al darle de comer a Gregorio, quien jamás volvió a aparecer. El piso se empezó a teñir lentamente de un rojo proveniente de debajo del anaquel, y alcanzó las palmas de Pablo, que se apoyaba sobre ellas para levantarse del suelo. Al oír el estridente sonido de la caída, maestras y niños entraron al aula, tan solo para horrorizarse ante la grotesca imagen de Pablo poniéndose de pie sobre el charco de la sangre de Nicolas, que había sido cruelmente aplastado como una cucaracha.

HABITACIÓN

— Hola señor López, mucho gusto. Me dijeron que quería hablar conmigo la noche anterior, pero para entonces mis pastillas de dormir ya habían hecho efecto y no pude atenderlo. Mil disculpas por haberlo hecho esperar. ¿Quisiera un poco de té? ¿Quizás un café? — No, tiene razón, eso es para maricas — Tomemos unas cervezas, para una conversación más amena

Nadie me visita desde hace una semana y la verdad ya me aburro en este lugar. Los únicos que siempre me visitan son los guardias. Ellos hacen las compras por mí, ya que estoy bastante viejo para salir de aquí. Al parecer, estas calles se han vuelto muy peligrosas con el tiempo, mi amigo, debería tener mucho cuidado al salir. Pero mientras usted este aquí, siempre puede contar con mi hospitalidad. Y créame cuando le digo que nadie, absolutamente nadie, se queja de esa hospitalidad, pues verá, que aquí se han hospedado muchas pero muchas personas. ¿Quiere saber que han tenido todas esas personas en común, señor López?. Problemas. De todo tipo: económicos, políticos, amorosos. Espero que usted sea la excepción, señor.

Hace un tiempo, vino un político brasileño, implicado en casos de corrupción; se quedó en una habitación del cuarto piso. Es de las mejores, con jacuzzi, TV y dos de nuestras mejores masajistas que lo atendieron bastante bien. Este hombre no era malo, no había robado nada, no había hecho daño a nadie. Es más, no me sorprendería que no hubiera matado una sola mosca en su vida. Pero cometió un grave error, señor López. Este amigo hablaba demasiado, tenía una boca demasiado grande, casi tan grande como esta morada. El señor disfrutó de su estadía casi dos semanas, hasta que insistió en irse, pues un juzgado lo llamaba a dar importantes declaraciones.

Bajó las escaleras como cada mañana, esta vez vestido con traje azul oscuro, zapatos lustrosos y su equipaje, listo para irse. Lo saludé igual que siempre, con un buen desayuno listo: panes de todo tipo, queso, jamón, mantequilla, café y una acompañante, por si tenía más hambre. Sin embargo, no acepto mi invitación. Insistió en irse de una vez, dijo que su reunión empezaría pronto y que agradecía todas las comodidades ofrecidas.

Al intentar salir, solo tuve que clavar la jeringa en su hombro derecho y alejarme hasta que el sedante haga efecto. Parecía alarmado, nunca antes sus ojos habían estado tan abiertos. Corrió hacia la puerta e incluso logró girar la perilla, pero cayó al suelo con sorpresa al notar que estaba con el cerrojo puesto. Se empezaba a retorcer ahí, gritando a toda voz, pero eso era lo de menos. Nadie lo oiría de todas formas. Una patada en la boca del estómago bastó para que dejara de moverse. Es difícil conseguir un sedante que únicamente quite la

movilidad muscular, ¿sabía? Él seguía despierto. Las lágrimas, los mocos en su cara y los gemidos que emitía lo demostraban.

De todas mis mascotas, las ratas siempre han sido mis favoritas, no solo por ser aterradoras para las personas, sino también por su ingenio al momento de huir. Las ratas pueden pasar a través de agujeros muy pequeños, o, en caso de no tener un agujero por el cual salir, son capaces de crear la salida por sí mismas. Traje a Martha, una de mis engreídas. Escurridiza y pequeña, pero con unas garras capaces de arrancar hasta la piel más gruesa. Solo tenía que cubrir la cabeza de mi huésped con una jaula y meter dentro de esta a mi querida Martha. Ella siempre tenía hambre, y ya conocía la rutina, lo había hecho decenas de veces con anterioridad. Entró rápidamente por la boca, la cual mi amigo no podía mover de todas formas, así que Martha estaba segura. Le gusta morder un poco la lengua antes de pasar al plato fuerte: la garganta. No había vómito como en otras ocasiones. Menos mal no tomó el desayuno, bañar a mi querida luego de su festín, ya de por si es bastante difícil. Los ojos del hombre ya empezaban a saltársele mientras sus gemidos se silenciaban y de su boca salía un chorro de sangre. El problema llegaba en la garganta, que era por donde debía salir, ya que, de llegar al estómago, podía ser corroída por el ácido de este. Era difícil no dañar la carótida con las patas traseras. Una hemorragia interna para ella era como el Titanic hundiéndose. Finalmente, Martha logró salir por la región del escote, asomando su pequeña cabecita entre las clavículas, mientras el invitado ya había botado casi medio litro de sangre por la boca

y sufría espasmos musculares. Un hoyo, cual cráter en la luna, con restos de sangre, grasa y carne quedaba bajo su cuello, con algo del pelo de mi amado roedor. Fui a bañar a mi amiguita luego del arduo trabajo que había hecho la pobre.

¿Es una anécdota muy interesante no cree? Tiene suerte hoy, amigo, que no siempre tengo ganas de contar historias antes de trabajar. Lo normal es que prefiera leer un libro, salir a caminar o dormir, para ser cada día más creativo y menos monótono. También me aburro, también busco cosas nuevas, innovar, cambiar, hacer. La vida está hecha para hacer, y el que no hace es haragán, gandul, poltrón. Serlo es un pecado y los pecados se castigan.

La infidelidad es una de las conductas más comunes entre parejas en la actualidad. Para muchos, resulta ser costumbre inclusive. Algunos suelen llamarse “swingers”, pero yo solo les llamo perros. Conozco a todo tipo de personas, señor López, pues todo tipo de gente viene a este lugar, y a pesar de todo lo que he visto y escuchado, concuerdo con muchos, incluyendo a Dante, al decir que la traición es el peor de los pecados, el cual merece ser el peor castigado.

Hace unas semanas llegaron dos tórtolos llenos de ganas y perversión. Se les veía muy felices juntos, fumando de un mismo cigarrillo y desvestiéndose mutuamente con la mirada. La chica era guapa. Lo era, y mucho. Un precioso ángel lujurioso bajado del cielo, junto al hombre que la hacía vibrar de emoción. Cuando hacían el amor en la habitación catorce del primer piso, se podía oír en todo el lugar, todo el lugar menos afuera claro está, que

sino este lugar pierde todo su sentido. Ya me habían avisado de estos dos días antes. Resultaron ser una pareja clandestina que, con la excusa de viajes de negocios, tenían encuentros carnales mientras viajaban por distintos países. Insisto en que la fidelidad solo se trata de un respeto mutuo, algo tan simple como entender que el fuego quema y que el hielo enfría. Y esos dos siempre estaban calientes. Los hubiera echado si no me hubieran dado una buena suma esta vez, y créame, alguien despechado por la infidelidad valora mucho el precio de la venganza.

Esta vez fue mucho más simple. Solo tenía que lograr que se atrapen ellos mismos, pues algo más estúpido que una pareja enamorada es una pareja enamorada con ganas de sexo. Esa noche, dejé un disfraz de policía sensual en su habitación, junto con un juego de esposas. Solo tuve que esperar a oír gemidos en su habitación para actuar de una vez, que ya tenía ganas de dormir sin ese ruido. Tomé el aparato de descargas eléctricas que obtuve de mi último oficio de policía y me dirigí a la habitación con una bolsa de sal. La mujer estaba con el traje puesto sobre el hombre, dando brincos mientras este yacía en la cama esposado. Una descarga fue más que suficiente para la chica, el sudor que cubría su cuerpo ayudo a la conductividad eléctrica. Dos bastaron para que el hombre dejara de quejarse.

Los até a ambos a la cama. La chica se veía tan provocativa, pero no era momento para eso. Era un trabajo importante, y necesitaría usar a esa habitación pronto. Debía darme prisa ya que, en este caso, el plan sería un poco más trabajoso.

Fuego y hielo. ¿Has oído antes que el hielo quema? Al contacto continuo con la piel lo hace, sin embargo, quería saber si se sentiría más o menos doloroso que una quemadura por fuego. Quedé intrigado y quise investigar, pero digamos que eso es algo muy subjetivo y probablemente no aparezca en la Wikipedia. La Divina Comedia fue mi inspiración esta vez, no lo voy a negar. La tortura es propia de la historia de la religión, al igual que distintas falacias. Soy creyente a mi modo claro, puesto que un Dios todo lo ve, y no castiga aun así. Pero, tal cual dice la Biblia, fuimos hechos a imagen y semejanza del Señor, por ello tenemos que ser nosotros quienes nos juzguemos, y si ese es mi trabajo, estoy más que encantado. A lo que iba, en el libro, todos sabemos qué les ocurría a los traidores, y aunque no contaba con un Lucifer que les arrancara la piel, tenía una navaja.

Con sumo cuidado y paciencia, logré quitar la piel de sus abdómenes, aunque, de todas formas, ambos despertaron a la mitad del proceso. Gritando de dolor, empezaban a perder sangre, así que había que tener prisa. Al chico le eche alcohol, puesto que era quien más sangraba, pero no era curarlo mi objetivo. A la mujer, sal, capaz de conducir corriente eléctrica en estado diluido. El chico empezó a gemir, demasiado, y esto únicamente dificultaría saber cuál de los dos generaba más dolor. Solo debía apresurarme. Coloque el hielo en la herida de la joven, pero este tardo unos segundos en actuar, y el grito producido por esta fue más horrendo, incluso, que los que emitían ambos todas las noches en medio de un orgasmo. Encendí el alcohol con un palillo de fósforo y escuchaba los

gritos de ambos: dolor, pavor, asco. Asco deberían darse ellos mismos. El asco que produce la traición no tiene nombre. Seguían vivos, no sé cómo lograban estarlo, y disfrutaba su dolor, su castigo. Desgraciadamente, no aguante ni quince segundos de los gritos del chico, gritos sacados del mismísimo infierno. Piedad. Gritos de piedad eran los que salían de su interior. Comprobado: el fuego quema, y mucho. Y sus gritos quemaban, quemaban los tímpanos de cualquiera, una prueba real de auténtico dolor, dolor de las dos personas, pero los del hombre, no había forma de describir tales gritos. Desesperación sería aquello más cercano, y es, por mucho, quedarme corto. La navaja atravesó el cuello del hombre, cortando la tráquea. El silencio volvió, o casi. La chica lloraba de pánico, era un ángel, cayendo sin más que desesperación. Y pensar, que hace apenas minutos, aquellos gritos eran de placer.

Quitó la navaja del cuello de aquel joven y la clavó con toda la fuerza de mi brazo en el pecho derecho de la mujer. Y no había nada de plástico ahí, créeme. Y el ángel cayó inconsciente. Siempre hermosa, muy pero muy hermosa.

“ Fue difícil de limpiar, créeme. Terrible. No solo la sangre, sino también la piel y la grasa, el sudor y el semen, el agua y las cenizas. Los cuerpos. En fin, el trabajo quedó terminado y las pruebas se las envié a quienes me las habían pedido, a fin de saber que se había cumplido con el trato. Decidí dormir una vez terminada la limpieza, no podía aguantar más luego de tanta adrenalina. Fui a mi habitación, tragué ambas patillas, coloqué música clásica y cerré los ojos al compás de un piano.

Me enteré después que, a la media hora de mi profundo sueño, llamaron al teléfono: era el señor Tovalino. Su mafia es muy conocida en esta ciudad, siempre los apoyo cuando necesitan de mi ayuda. Los considero mi familia. Ellos mandan a los guardias a cuidar esta zona, pues alguien debe hacer el trabajo sucio, y no hay mejor encargado que vuestro servidor.

Verás, Tovalino me dice que hace años prestó mucho dinero a un joven estudiante, que venía con la excusa de acabar sus estudios y necesitaba apoyo económico. Tovalino es un hombre de gran corazón, señor López, siempre dispuesto a ayudar. Pero no le gustan las mentiras, señor, y la mentira también es un pecado. La fecha límite para saldar la deuda venció hace una semana, y simplemente me pidieron que me haga cargo. Y no le puedo fallar a Tovalino, señor López. Y menos por la gran suma que me está ofreciendo. Por cierto, felicidades por acabar su carrera. Lástima que el título le durará muy poco tiempo. Vamos al grano de una vez ¿En qué habitación piensa quedarse?

Cuento publicado en la antología “La Noche Carmesí” de Editorial Dreamers - México 2019.

DETRÁS DE MÍ

Atravesé el pórtico sin mirar atrás. Suaves risillas se dejaban oír tras de mí, pero no me atreví a girar la cabeza para comprobarlas. Sabía muy bien quienes estaban detrás, sus risas infantiles se han grabado en mi mente y no desaparecerán hasta el día en que yo muera. Di el primer paso estremeciéndome, el segundo con algo de miedo aún y los demás por la inercia de mi propio cuerpo. Sin embargo, la culpabilidad no desaparecería ni al dar cincuenta millones de pasos en la misma dirección. Intenté callarlos, grité que hicieran silencio, pero el sonido de mi voz, más que una orden, daba a entender una súplica. Diez pasos después, la hilaridad volvió a crecer entre esa pequeña multitud, ajena completamente al mundo del odio, de las responsabilidades de un adulto, del sufrimiento que conlleva existir. Parecían vivir alegremente en el país de los juegos, un lugar de donde quedamos expatriados al crecer, al atravesar la pubertad y comenzar a considerar a la imaginación como una forma más de perder el tiempo.

El sudor comenzó a recorrer mi cuerpo. Mis dedos se movían inquietos, arañando mis propias palmas, y las risas detrás de mí se convertían lentamente en carcajadas. Penetraban mis tímpanos y resonaban en medio del camino, aquel que pronto terminaría y me libraría de algún modo de ese tormento. Sus risotadas se volvieron inmensas en mi cabeza, hubiese preferido que me trague la tierra con tal de no oírlas más, pero eso no pasaría y ellos lo sabían perfectamente y eso los hacía reír aún más. Faltaban solo diez pasos para llegar. Diez. Su carcajeo me sigue aún en mis sueños. Nueve. Nunca me abandonarán. Ocho. ¿Es acaso este el infierno? Siete. Pobres almas las tuyas. Seis. Deseo profundamente tener esa misma ignorancia. Cinco. Debí haber regresado sobre mis pasos, debí hacerlo cuando pude. Cuatro. Haberme pegado un tiro en la sien hubiese sido más sencillo. Tres. Esas risas infernales no hacen más que atormentarme, me seguirán al mismísimo averno. Dos. Por favor, se los suplico, paren ya, no puedo seguir viviendo con esto. Uno. Huyan, lárguense, no se rían, corran y no regresen, sálvense mientras puedan, sálvenme. Llegamos.

No miré atrás. A pesar de todo, nunca miré atrás. Las lágrimas habían comenzado a brotar y yo simplemente me alejé para que nadie me viera. Las risillas continuaron detrás de mí, mientras eran despojados de sus prendas y, uno a uno, sus pequeñas figuras entraban a la cámara de gas.

OSEAS

Un... Dos... Tres... Cuatro...

Un... Dos... Tres... Cuatro...

Un... Dos... Tres... Cuatro...

Un... Dos... Tres... Cuatro...

Dieciséis veces estrellado.

La mujer solo observaba, impotente, con los ojos abiertos de par en par; no hubo gritos de dolor además de los suyos, con los que maldecía a aquel soldado.

Con el primer golpe ya había perdido el conocimiento; la sangre empezaba a brotar de su cabeza tras estrellarse contra el suelo de la asolada ciudad de Samaria. Lo levantó por los aires, y, al segundo golpe, por algunas piedras, ya iba fluyendo el líquido rojo, cual Nilo durante las doce plagas. Con el tercer golpe, sus dientes de leche cayeron al suelo y se desperdigaron como las semillas en la parábola del sembrador. En el cuarto golpe, se oyó el crujido de una de sus costillas, de la cual no saldría ninguna hermosa mujer para ser su acompañante en el paraíso.

Se le desprendió parte del cuero cabelludo con el quinto golpe, dejando sobre la roca rubios cabellos ensangrentados que jamás le otorgaron fuerza alguna. Luego del sexto golpe, su globo ocultar derecho pendía de un hilo de carne que amenazaba con romperse, y aquello no podría sanarlo ningún lodo milagroso. Al séptimo golpe, descansó. Mucho antes del octavo golpe, el pequeño ya había muerto, sin haber recibido ni oro ni incienso ni mirra durante sus únicos seis años de vida.

Mientras daba el noveno golpe del niño contra el suelo, no pasó por la cabeza del hombre que aquel muchacho podría haber llegado a ser una buena persona, un buen samaritano. Y cuando daba el décimo golpe, no pensó en los diez mandamientos de Moisés, ni mucho menos en aquel que decía: “No matarás”. Para cuando dio el undécimo golpe, no existía aún el Mesías ni sus palabras “Dejad que los niños vengan a mí, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos”. Tras el duodécimo golpe, el decimotercer infante no era más que una maraña de carne, huesos rotos, restos de piel y sangre, a pesar de haber sido hecho a imagen y semejanza de Dios.

Al decimotercer golpe, la madre corrió hacia el soldado, en busca de su hijo, como lo haría cualquier madre de cualquier religión, y como lo hizo María al perderse el pequeño Jesús. El decimocuarto golpe se dio y la mujer oyó el crujir de los huesos de su criatura, la cual jamás tuvo el libre albedrío de elegir ser o no una víctima, y que jamás tuvo consciencia de su fatal destino. Con el decimoquinto golpe, la mujer fue apartada hacia un

lado por otro soldado y cayó al suelo con todo el peso de su vientre, mientras el cuerpo amorfo del pequeño era estrellado contra el suelo, al igual que doce niños antes que él. Al decimosexto y último golpe, soltó el cuerpo contra el suelo y este rebotó un par de veces antes de quedar estático y posteriormente ser visitado por las aves carroñeras que se encargarían de consumirlo por completo, para luego llevar su alma al infierno y así ser condenado eternamente, al igual que todos los niños en Samaria.

Finalmente, cogieron a la mujer de los pelos, la arrastraron y la escupieron, y con su espada atravesaron su vientre, abriéndola de lado a lado en medio de gritos atroces que ella profería. La miraron con repudio mientras se retorció en su propia sangre y gemía con dolor, abrazando su abdomen ensangrentado, mientras a lo lejos observaba el cadáver de su niño. Se aferraba inútilmente a las vísceras que salían de su cuerpo y lloraba, un llanto incontrolable que dolía en el alma. Era el dolor de una madre.

El soldado dio unos pasos al frente y atravesó el cuello de la mujer con su espada, no para terminar con su sufrimiento, sino para acabar con sus gritos, que tanto lo aturdían. Al rebanarla, el lugar quedó en silencio, y los soldados partieron alzando sus escudos, en los cuales se podía apreciar su símbolo: la cruz cristiana.

ENTREVISTA A UN CAZADOR

Acabemos con esto de una vez. Sé lo que quieren saber, no es necesario que digan nada ahora. Si tienen alguna pregunta, háganla al final. De todas formas, sé que lo que les diré no podría ser más claro, y también sé que no me creerán. Nadie lo ha hecho. Nadie lo hará nunca. Ahora dejen sus libretas y mírenme, imbéciles.

Llegué a la puerta de la cabaña solo unos minutos después de escucharlo. Después de todo, en un bosque no es complicado percibir un grito ahogado de dolor y miedo, pues no mucha gente vivía por esos alrededores.

Como todos los días, salí con un rifle de caza y un cuchillo, con la esperanza de encontrar un alce, o al menos un ciervo. Y, sin embargo, lo único que hallé fue a la nada esperando a darme un golpe de decepción. Un golpe más.

Luego de horas de búsqueda, solo cacé un conejo escuálido por el que no me darían ni mierda. En estos últimos meses, la caza dejaba de ser un negocio rentable. La construcción de la carretera al sur ya había alejado a casi todas las presas de la zona, pero algunos viejos como yo aún persistimos con ello, pues es lo único que sabemos hacer. Había cazado desde los doce años, junto a mi padre, y él, junto al suyo, hizo lo mismo. La caza es lo que soy y es lo único que sé hacer, hasta ese fatídico día en que lo perdí todo.

La puerta estaba cerrada por dentro, así que apunté cuidadosamente a la cerradura, como si de una pequeña presa se tratara, y apreté el gatillo. La puerta se abrió de golpe. Sin tener tiempo de reaccionar, una figura tétrica saltó sobre mí. Era del tamaño de un gran hombre, las patas sobre mi pecho me quitaban el aire y la saliva caía de sus amarillentos colmillos sobre mí. El pelaje de la criatura era grueso y sus ojos eran rojos como la sangre de los animales inocentes que en el bosque habían perecido por él. Lo único que separaba sus colmillos de mi carne era la escopeta que aún sostenía con mis brazos y con la que intentaba empujarlo sin éxito. Sus enormes fauces iban directo a mi rostro, y de alcanzarlo, si no me lo quitaba de encima, me despedazaría en segundos.

Empujé su cuello con la escopeta, rápidamente tomé el cuchillo de caza y con todas mis fuerzas se lo hundí en el ojo. Lanzó un gemido ahogado seguido de un gruñido, y lo empujé antes de que pueda reaccionar. Me puse de pie, impulsándome con un brazo, y miré fijamente al animal, que lucía como un gran lobo, con un pelaje erizado y

robustas patas, y ahora con media cara bañada en sangre. Con el puñal en la mano, me lancé contra la bestia, y mientras esta daba un salto hacia mí, le hice un gran corte en el torso, a la altura de la barriga. Veía como de su abdomen salía la sangre, seguida de sus intestinos y su estómago, y de este salían los restos de sus últimas presas, acompañadas de restos de ropa. Lo último que vi antes de desmayarme fueron unos afilados colmillos hundiéndose sobre mis ojos.

Cuando finalmente desperté, estaba atado de piernas y brazos en el suelo, con el pie de un joven sobre mi rostro, el cuchillo de caza a un lado, y al otro, restos de tripas, huesos y piel seca, ensangrentados y con unas cuantas prendas destruidas, y a mi alrededor una multitud me miraba horrorizada. Pero en ese momento solo pude ver a una persona. Una señora lloraba entre gritos, tan fuertemente, que las aves a su alrededor alzaron vuelo sin rumbo, perdidas. “¡Tú las asesinaste, maldito desgraciado!” o “¡Te vas a pudrir en el infierno!” eran era lo que aclamaba la gente a mi alrededor. Lo último que dijo una persona, que fue el joven sobre mí, fue: “Jamás debiste meterte con nuestra niña”. Un fuerte golpe me dejó inconsciente nuevamente.

Pero no fui yo, lo juro. Yo no hice nada, fue el lobo. Él lo hizo y me inculpó de aquellas muertes que me atormentan en sueños, en lo más profundo de mi ser. Pero no me creen. ¡Yo no le hice nada a la niña, ni a nadie! Nadie me cree. Dicen que incluso encontraron mis huellas y mi semen en los cuerpos, pero no es así. ¡Fue el lobo! ¡Díganselo a todos! ¡Fue él! ¡Todos mienten! Siempre mienten, siempre han

mentido y siempre lo harán. ¿Sabes en que más mintieron esos desgraciados? La caperuza de la niña era blanca, no roja como suelen narrarlo. Por supuesto que no era roja, al menos hasta ese día.

BITÁCORA

06 de mayo del 2013

(19:05) Finalmente he llegado a mi destino. Exactamente a las seis horas con treinta minutos, mi avión aterrizó en la hermosa ciudad de Tarapoto, hogar de los más hermosos paisajes, diversas especies de animales y plantas, y pueblos nativos que conviven con la naturaleza.

En este mes, que hemos esperado con tantas ansias, pienso internarme, junto con mi cámara, en las profundidades de la selva peruana para la sesión de fotos que llevábamos planeando desde hace más de un año. Me habían hablado maravillas de esta región y no es para menos; mientras te guste el calor y lleves repelente para mosquitos, créeme que te sentirás muy a gusto.

Una vez salí del aeropuerto, una camioneta negra me esperaba para llevarme a mi destino, el hotel Cocona, en el cual me hospedaré durante mi estadía en la ciudad. El hotel solamente será usado por las noches, ya que por el día me dedicaré únicamente a las fotos, lejos de la civilización.

Este primer día de viaje, planeo desempacar mi equipaje e ir a la fiesta de bienvenida que organiza el

hotel, con suerte conocer a alguien y convencerle de acompañarme en mi expedición por la Amazonía. Ya sé que no pudiste venir conmigo por tus propios asuntos, y es por eso que decidí hacer esta bitácora, para que, de alguna forma, puedas disfrutar junto a mí de esta aventura. Te mando un gran abrazo.

07 de mayo del 2013

(07:09) En este momento estoy en la misma camioneta negra de ayer, con rumbo a la Laguna Azul, un lugar por el que dijeron que estaría bien empezar, ya que nunca antes había estado en la selva y todavía necesitaba acostumbrarme. El calor de la región puede llegar a ser sofocante, y una refrescante laguna a unos pocos metros de ti sería prácticamente un maná del cielo. Además, el lugar tiene unos amaneceres bellísimos, es por eso que tratamos de llegar lo más temprano posible.

La noche anterior conocí a dos chicas en el hotel, se llamaban Claudia y Melissa, ambas estudiantes de Medicina que habían venido a San Martín por unos meses para trabajar como practicantes en un hospital en la ciudad. Luego bailar un poco y charlar un rato acerca de nuestras ocupaciones e intereses, les comenté el motivo de mi viaje y les propuse acompañarme en mi travesía; sin embargo, se negaron, ya que tenían que incorporarse al hospital desde hoy. Así que, para mi mala suerte, sigo solo en este viaje.

(13:51) Aprovecho este momento, mientras espero mi almuerzo, para contarte lo bonito que es estar acá. La gente a los alrededores es bastante cordial, la laguna es preciosa, un reflejo del cielo en mitad de la inmensa vegetación, y la comida, la cual

acaba de llegar, luce deliciosa. El color rojizo de la cecina y el chorizo, acompañados por dos porciones de tacacho salado, provocan que se te haga agua la boca. El calor es lo único de lo que podrías quejarte, pero con una zambullida en la laguna se te pasa.

(21:43) El día ha sido fantástico, aunque a la vez agotador. Casi todo el camino a casa me la pasé durmiendo, acabo de despertar y aún queda algo de tiempo antes de que llegué a mi destino, así que decidí aprovechar para escribirte. Las cosas han salido increíbles el día de hoy, de inicio a fin. La comida efectivamente estuvo buenísima, el sabor de la selva no tiene punto de comparación.

Luego de almorzar, caminé un poco por el borde de la laguna, buscando con la lente a las avejillas de colores que rondan el lugar. Lo que más abunda son pequeños pájaros rojos y amarillos que juguetean a los alrededores, pero, además de ellos, saqué muy buenas tomas de un colibrí mientras degustaba el néctar de una orquídea, y lo que parecía ser un águila haciendo piruetas en el cielo. Luego de casi una hora de fotografiar aves, me puse el traje de baño y me adentré en las aguas de la Laguna Azul. Si supieras lo rico que se siente aquella frescura en tu piel, vendrías en este preciso momento a quedarte a vivir. A decir verdad, yo no hubiese querido salir de ahí, pero al ver que se hacía tarde y que el bote que surcaba la laguna de lado a lado iba a hacer su último recorrido, me decidí a salir.

Al subir al bote, me recibieron un anciano y su nieto, que ya le estaban hablando a una familia acerca del lugar. Los pequeños en el bote parecían algo nerviosos, como si nunca antes hubieran

viajado en uno, y sus padres los tomaban de las manos, mientras trataban de prestar atención al muchacho y su abuelo. La mayoría de asientos estaban vacíos, pero al ver que nadie más venía, el anciano encendió el motor y nos llevó en pocos minutos al centro de la laguna. El ruido generado arruinaba el ambiente, pero aún con ese rugido proveniente de la máquina, el niño se presentó junto con su abuelo.

Al detenerse el pequeño navío, el muchacho, de no más de diez años, nos empezó a contar las historias de esas aguas. Resulta que quienes pescan ahí son las mujeres, ya que, según cuenta la leyenda, en las profundidades de la laguna habita una sirena, que con su canto, tienta a los hombres a seguirla, y en el proceso mueren ahogados. Nos dijo también que en ese lugar viven los paiches, peces gigantescos, del tamaño de una persona, los cuales, supuestamente, tienen una deliciosa carne, y que, para el almuerzo de mañana, probemos un platillo a base de aquel animal.

Mientras el pequeño nos empezaba a narrar las leyendas del tunche y el estribor del bote se acercaba un poco a la orilla, saqué mi cámara y empecé a buscar entre el follaje con ayuda de la lente. Después de rebuscar un rato entre las copas de los árboles, finalmente logré ver un pequeño pájaro rojo que posaba para mí. Viéndolo con mayor cuidado, me percaté de que era un gallito de las rocas, por su cresta semicircular en lo alto de la frente. Cuando estaba por tomar la fotografía, tres enormes garras salieron de entre los matorrales, como cuchillas en busca de sangre, y se clavaron con agilidad sobre la rama, espantando al ave. Si

esta no hubiese salido volando un segundo antes, aquellas zarpas podían haberla despedazado con facilidad, tiñendo el follaje de sangre.

Le pregunté al niño acerca de lo que podía haber sido aquello, y me respondió que de seguro era un perezoso que, descuidado, había perdido el equilibrio y se había agarrado de la rama de manera intempestiva. Su respuesta no acabó de convencerme, pero no quise preguntar más.

Guardé mi cámara y, mientras tomábamos el trayecto de regreso, nos contó la historia del Chullachaqui, un ser maligno del Amazonas, que disfrutaba de la agonía de quienes se perdían en el bosque. Tal parece que este demonio podía tomar la forma de cualquier persona o animal, y de esta manera, llevarte con él hasta lo más profundo de la selva para dejarte a tu suerte. Puede inclusive tomar la forma de algún familiar que ya haya fallecido y no podrías darte cuenta. La única manera de identificarlo es por su cojera, ya que tiene una pierna humana y otra pierna de demonio. Fue la historia más llamativa que contó el pequeño, tanto así que le dejé una buena propina antes de bajar del bote.

Después de aquello, compré algunos regalos para cuando regrese a Lima, además de unos deliciosos tragos exóticos de la zona que de seguro te encantarán. Ahora estoy en la camioneta, aún en medio de la carretera. La oscuridad de la noche nos ha alcanzado en el camino, y a juzgar por la vegetación, aún queda mucho por recorrer.

(22:30) Un neumático reventó hace unos minutos y el chofer bajó a arreglarlo. Lleva tardando

ya un rato y la verdad me preocupa un poco el ambiente, se ha tornado muy silencioso desde que anocheció. El conductor todavía no regresa a su asiento, y aunque mire en cualquier dirección, no logro verlo. Lo más seguro es que quiera jugarme una broma de mal gusto, pero no pienso darle el placer de tomarme el pelo.

(23:00) Bajé del coche luego de no encontrar respuesta alguna y he estado caminando por los alrededores un rato. Parece haberse esfumado en el aire, como un fantasma al atravesar un pórtico. La selva de noche parece llenarse de una oscuridad infinita, no podrías ver nada que no estuviera a más de dos metros de ti, a menos que ilumines la zona como lo hacen las luces de la camioneta, la cual sigue varada a un lado de la carretera con los faros encendidos y las puertas abiertas. Un inexplicable frío me hieló la sangre, y los sonidos que provienen de la naturaleza solo hacen que sea aún peor. Enserio me estoy asustando con lo que ocurre, y lo único que me calma es escribir estas cartas y saber que llegarás a leerlas alguna vez.

(23:45) No me vas a creer lo que pasó, es algo completamente increíble. Luego de estar un rato dándole vueltas al coche, una silueta desnuda y de pelo largo apareció de entre los matorrales. Sus sedosos cabellos caían sobre sus hombros y su lento caminar me ponía la piel de gallina. Una vez estuvo a unos pocos metros de mí, la identifiqué: era Melissa, de la fiesta del hotel. Por alguna razón, mi cuerpo no reaccionaba ante su llegada, como si con sus ojos me hipnotizara y me atrajera hacia ella. Me tomó de la mano con suavidad, y sentí su tersa piel mientras entrelazaba sus dedos con los míos. No

sabía que estaba ocurriendo, y, a decir verdad, sigo sin saberlo. Mis pies lentamente me llevan hacia lo profundo la selva, junto a Melissa y su curiosa cojera.

(00:00) Es bellissimo, todo en la selva es bellissimo. El trinar de las aves en medio del bosque es una maravilla auditiva, solamente superada por el canto de la hermosa Claudia. Melissa me llevó a través del bosque, siempre sujetándome la mano dulcemente, como una madre sostiene los pequeños dedos de su niño mientras ambos caminaban con tranquilidad por una pradera. Era hermosa, lo sé, pero no tanto como Claudia, acostada sobre la orilla de la laguna, mirándome con esos sensuales ojos y entonando las más hermosas notas musicales que un oído humano alguna vez habría podido escuchar. El sonido de su canto tensaba mis músculos, y me hacía avanzar hacia la fuente de aquella melodía.

A medida que mis pies se iban adentrando en la laguna, el cuerpo de Claudia se dirigía hacia el fondo y su canto se hacía cada vez más dulce, provocándome un intenso placer en todo el cuerpo. Quería esa voz, la necesitaba en mis oídos, la necesitaba como un diabético necesita la insulina, como un drogadicto necesita la marihuana, como un escritor necesita a su musa. De esas y de mil maneras más la necesitaba.

Poco a poco, el agua iba subiendo por mis tobillos, hasta cubrir mis pantorrillas y luego mis muslos. Mi cuerpo avanzaba sin que yo tuviese control alguno sobre él, pero la quería. No a Claudia, sino a su voz, y si moría siguiéndola, moriría feliz. Cuando ya el agua estaba cubriéndome el cuello, oí un sonido a mis espaldas y giré la

cabeza en busca de quien había interrumpido aquel hermoso canto. Era la camioneta negra, estaba a varios metros de mí, y el sonido provenía de su claxon. En la cabina del conductor, se erguía una extraña entidad de pelos enmarañados que me miraba fijamente con unos ojos completamente blancos, ojos que a más de veinte metros de distancia y en mitad de la noche más oscura, aún alcanzaba a ver. Sin duda alguna, él era el verdadero rey de la selva, él lo controlaba todo, me controlaba mí y controlaba cada hoja de cada rama de cada árbol en toda la Amazonía. Mi visión se nublaba mientras unas manos tersas clavaban sus uñas sobre mi piel y me despellejaban vivo. En mis últimos segundos de vida, pude ver como la sombra en el coche colocaba la mano sobre el vidrio, dejando ver sus gigantescas garras.

CUARTO

Donde sea que estés espero que esto llegue a ti, y ojalá sea a tiempo para que alcances a leerlo. No tengo mucho tiempo, aunque en realidad, no sé de cuánto disponga. Esta es la única forma que he conseguido para comunicarme contigo. Mi red telefónica está arruinada, ya no tengo luz ni agua, y la comida está por terminarse, aunque aún tengo unas cuantas velas, que ahora me alumbran para poder escribirte. No puedo salir a comprar comida, ni agua, ni nada. Simplemente no puedo salir, porque sé que apenas ponga un pie fuera de esta casa de ladrillos, él estará ahí listo, para clavar sus fauces en mí.

Todo empezó hace una semana, cuando sonó el timbre de mi puerta y encontré que habían dejado un paquete con una carta. Ninguno tenía el nombre del remitente. Dejé la caja sobre el comedor, y mientras buscaba con que abrirla, leía la carta. Nada más empezar, me enteré que era de nuestro segundo hermano. Me decía que vaya a verlo, que había alguien que parecía estar acosándolo. No entendía exactamente quién era en un comienzo, hasta que leí el nombre de un tal “Sr. Lobo”. Encontré una tijera

y abrí la caja. En su interior, la cabeza amputada de mi hermano me miraba directamente, con insectos que salían de su boca por montones, con ásperas patas que se arrastraban sobre la putrefacta carne de quien en vida tuvo mi sangre. Al ver la escena, vomité sobre el impío suelo de mi hogar. Al recordar la imagen, siento las delgadas patas sobre mi lengua, paseándose entre mis dientes y colocando sus huevecillos en mi paladar, para luego deslizarse a través de mi garganta, en busca de una salida para sus larvas, algunas de las cuales se desarrollaban en mi úvula, que les serviría de alimento al madurar.

Desde aquel día, empezaron los sonidos por la noche. No eran pisadas, ni palabras en voz baja, ni siquiera llegué a oír una puerta abrirse. Era el viento. El viento cada noche soplaba con más fuerza, como si el llegar la oscuridad los vientos del norte y el sur apuntaran hacia mí, como si una gran tormenta azotara contra mi morada. Era él, estaba completamente seguro, me lo decía mi instinto.

La noche anterior, el viento era demasiado fuerte. El frío atravesaba los vidrios y las capas de ropa no eran de gran ayuda. Prendí la chimenea, justo antes de oír las tejas de mi techo moverse por las pisadas de alguien. El sonido lentamente se acercaba a la parte superior de mi chimenea. Entonces cayó. Cayó y se prendió en llamas como un tronco seco que sirve de combustible. Era gordo, y el hedor que emanaba de sus carcomidos huesos era tan nauseabundo que levantaba los vellos de la piel. El cuerpo aún tenía restos de carne y tendones. El corazón, un pulmón y demás órganos formaban una masa amorfa en la caja torácica, con restos del

tejido adiposo de la panza rechoncha de nuestro primer hermano. Aún conservaba su ropa y el corte limpio de su cuello, con costras que, por el fuego, se hacían cada vez más oscuras, al igual que la noche que parecía llevar insomnio en el aire. Entonces el aullido del viento apagó de un soplido la chimenea.

Él aún no está aquí, pero pronto llegará. Nuestros hermanos están muertos, solamente quedamos tú y yo, y sé que yo seré el siguiente. Donde quiera que estés, huye por tu vida. Huye donde nadie nunca te encuentre, al rincón más recóndito del planeta, donde ni la luz ni el sonido te puedan encontrar, y el Sr. Lobo tampoco. La puerta se abrió. Él está aquí, y viene por mi carne, mis huesos, mis tripas y cada gota de sangre de mi cuerpo, que no llegarán a satisfacer su hambre. Los pasos vienen hacia acá, esta vez más imponentes y bruscos. Sus maxilares triturarán mi carne con suma facilidad, y harán trizas mis huesos, mientras aún esté consciente y me retuerza de dolor. Todo este tiempo me buscó, y ya me tiene. Ahora viene por ti.

ADIÓS, MI AMOR

— ¿Estas consciente de que esta es la última vez que nos veremos, verdad?

— Claro que sí. Lo entiendo perfectamente, pero en verdad necesito que hagas esto por mí.

— Será la última vez, y nadie se enterará de esto. Ni siquiera debería hacerlo, pero has insistido demasiado. Solo hagámoslo.

— Claro, mi amor.

— Deja de llamarme así.

Entraron al hostel rápidamente.

Su relación de tres años ya hace una semana que había terminado. Una relación que en año y medio había pasado por bellos momentos, discusiones, abrazos, gritos y toda clase de sensaciones. Una montaña rusa de sentimientos que iban de subida hacia la felicidad, y descendían a la indiferencia. Hasta que solo fue de bajada, y alguien optó por pararla.

Entregaron un DNI y veinte soles. Recibieron la llave de una habitación, un control remoto y la privacidad suficiente.

— Pienso que deberíamos dejarlo ahí. Todo esto es demasiado para ambos y... solo... no quiero que sigamos sufriendo.

— Dijiste que siempre habría una forma de repararlo. Siempre decías que podríamos arreglar cualquier problema. Y ahora simplemente te vas como si nada... como si todo este tiempo no fuese nada.

— Todo esto ha sido demasiado para mí. Sabes todo el daño que me has hecho... y sabes que también te lo hago a ti. Duele ver como poco a poco nos destruimos... y destruimos lo que entre nosotros había. Pero ya hemos tenido suficiente.

La conversación de hace dos semanas no salía de su cabeza mientras ambos subían la escalera del hostel, en el que solían hacer el amor cuando tenían necesidad el uno del otro. Aquel lugar los había recibido tantas veces, y les traía los recuerdos más sensuales que en su amor habían creado juntos. Era una buena forma de despedirse, con una última tarde de sexo.

Abrieron la puerta de la habitación y se acomodaron como solían hacerlo. Dejaban sus cosas en la mesa al lado de la cama y sacaban los condones, mientras uno de ellos iba al baño. Al salir de ahí se miraron a los ojos y bajaron la mirada. Ninguno sabía cómo empezar con el final.

— Tengo que decirte la verdad... Hay alguien más. Es por eso que preferí dejarlo ahí... y enserio

lo lamento... por haber traicionado tu confianza de esa manera, pero ya no podía soportar más. Lo nuestro se hacía cada vez más frío y apenas nos veíamos. Esto no podía continuar, lo lamento tanto. Enserio lo...

Sus labios se juntaron como en sus mejores momentos. Se abrazaron mientras ambos se desvestían mutuamente y se toqueteaban los cuerpos desnudos que extrañaban ese contacto, que erizaba la piel del otro. Sus sudores empezaban a juntarse, y sus lenguas empezaban a recorrer sus cuerpos, reviviendo en sus mentes una entrañable pasión que creían muerta.

Se tumbaron en la cama el uno sobre el otro y prosiguieron con el acto sexual, moviéndose lentamente y emitiendo suaves gemidos, mas no palabras. Luego de colocar el condón, se unieron nuevamente en el coito, como ya lo había hecho decenas de veces en el pasado.

Sus manos solo se dedicaban a deslizar sobre el cuerpo de su pareja, pasando por sus cabellos, sus brazos, su pecho y sus piernas. Todo era hermoso, como en sus mejores épocas, hasta que las palabras rompieron con el silencio y con la pasión, en un solo instante.

— Siempre juntos, mi amor.

Se bañó, terminó de alistar todas sus cosas y salió sin compañía de una habitación tan impecable como la que le había sido entregada.

Esa noche, la encargada de un hostel terminaba de lavar sábanas con fluidos de algunas habitaciones. Solo quedaba una habitación en el segundo nivel, que no recordaba a quién había alquilado. Subió las escaleras bajo el vacío cielo de una noche sin estrellas ni luna. Avanzó por el pasadizo, junto a las puertas de las demás habitaciones, algunas vacías, y otras que emitían libidinosos sonidos. Al introducir la llave en la cerradura, sintió algo raro en la atmósfera, como si aquella habitación soltase un gas que alterara sus neuronas y le erizara la piel cual gato aterrado. Giró la llave y la puerta se abrió.

La habitación estaba completamente limpia, pero un hedor nauseabundo se hacía notar. La cama no estaba hecha un desastre como solía ser costumbre. No había una sola sábana sobre aquel colchón. Cubriéndose la nariz, se dirigió al baño en busca de la fuente de ese tremendo olor, pero solo encontró el piso algo mojado y una barra de jabón hecha trizas. Salió del baño y vio la mesita de noche junto a la cama. Si las sábanas no estaban ahí, seguramente se las habrían llevado en una mochila como alguien ya lo habría hecho anteriormente.

Abrió el cajón y en su interior encontró restos de carne, vísceras, huesos y piel bañados en sangre, que juntos formaban la más hedionda mixtura de olores que había atravesado alguna vez sus fosas nasales. Sin poder contenerse, cayó de rodillas y vomitó sobre el suelo de la habitación, que no mostraba una sola mancha de sangre. Tras varias arcadas y con ardor en la garganta, vio con el rabillo del ojo debajo de la cama matrimonial. Una cabeza cercenada la observaba fijamente, con un rostro

totalmente desfigurado, cubierto de moretones, chichones, cortes, costras y sangre. Un bulto blanquecino sobresalía de su frente: su piel había sido desgarrada y parte del hueso frontal sobresalía por el lado derecho de su rostro, un rostro que parecía pedir auxilio.

Se dirigió a la salida, pero al acercarse a la puerta, vio una inscripción de letra rojiza sobre esta, que decía: “Adiós, mi amor.”

Y al otro lado de la ciudad, después de lo que había considerado una última velada, quien cometió el crimen se volaba los sesos para encontrarse, una vez más, con el amor de su vida.

**Marco Antonio
Yauri López (Lima
2001)**

**Estudiante de
ingeniería civil en la
Universidad
Nacional de Ingeniería.
Participó en el "I Taller
de escritura creativa
de cuentos de horror"
de Editorial Cthulhu.**

**Publicó en las
antologías "Los Gatos"
y "Mundo Tóxico" de
Editorial Aeternum,
además de en "La
noche
carmesí y otros relatos
inesperados" de
Editorial Dreamers" y
en el fanzine "Muerte
Súbita" de Limbo
Editorial. Ha publicado
en la "Antología Zombie
II" de Endora Ediciones
(México) y en la
antología "La banda
sonora de tu vida" de
Editorial Automata.
Administra la página de
Facebook "Litérate"**





PANDEMONIUM EDITORIAL

Calle Las Gaviotas 195

Lima 34

+51 9958 80964

contacto@pandemoniumeditorial.com

www.pandemoniumeditorial.com

